El taller

ISSN 2215 - 9886 • Noviembre 2026

NO. 22



Autor adoptado
Jorge Iván Caraballo Cordovez

elCOLOMBIANO



Talleristas 2026

Hannah Lopera
Mariana Rodríguez
Brunella Angobaldo
Sofía Ballesteros
Valeria Arboleda

El taller
El Taller 2026 N°22 ISSN 2215-9886

El Taller Prensa Escuela • Prensa Escuela EL COLOMBIANO
Universidad Pontificia Bolivariana • Universidad de San Buenaventura

FUNDACIÓN GRUPO EL COLOMBIANO

Gerente General
Beatriz López Correa

Directora ejecutiva Fundación Grupo El Colombiano
Mónica Restrepo Palacios

Coordinadora Prensa Escuela
Carolina Campuzano Baena

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

Rector
Diego Marulanda Díaz

Decano Escuela de Ciencias Sociales
Ómar Muñoz Sánchez

Dir. Facultad de Comunicación Social - Periodismo
Juan David Suárez Vera

Decana Escuela de Educación y Pedagogía
Lina María Cano Vásquez

Coordinadores Convenio Prensa Escuela - UPB Facultad de Comunicación Social - Periodismo
Carolina Campuzano Baena

Facultad de Educación
José Mario Cano Sampedro

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA

Rector
Fray Ernesto Londoño Orozco, OFM

Decana Facultad de Educación
Verónica Moreno López

Coordinador Convenio Prensa Escuela - USB
Andrés Felipe Díez Giraldo

Diseño y producción
Manuela Correa Upegui
Área de Comunicaciones
El Colombiano

Foto de portada
Talleristas Prensa Escuela
EL COLOMBIANO

Fotos páginas interiores
Talleristas y coordinadores
Prensa Escuela

Ilustraciones
Estefanía Montoya
Valeria Ávila

TALLERISTAS 2026

Universidad Pontificia Bolivariana Facultad de Comunicación Social-Periodismo
Brunella Angobaldo Pacora
Sofía Ballesteros Díaz
Audrey Mariana Rodriguez Villamizar

Facultad de Educación
Hannah Lopera Builes
Valeria Arboleda Rave

Prensa Escuela es un programa de la Fundación El Colombiano en convenio con las universidades Pontificia Bolivariana y de San Buenaventura que le aporta a la formación de ciudadanos sensibles y comprometidos con su entorno por medio de la lectura de relatos de no ficción y la motivación a la escritura desde los géneros periodísticos. Contribuimos con la formación de lectores con criterio y de generadores de contenidos con responsabilidad.

Fundación Grupo elCOLOMBIANO

Universidad Pontificia Bolivariana

Universidad de San Buenaventura

El Taller: historias que nos enseñan a mirar el mundo

Mónica María Restrepo Palacios | Directora ejecutiva Fundación Grupo El Colombiano



“El mundo no está hecho de átomos, está hecho de historias”. Esta frase, atribuida a la poeta y activista estadounidense Muriel Rukeyser, viene a mí cada vez que pienso en Prensa Escuela. Y es que la considero una expresión que resalta el valor de lo que hacemos en El Taller: abrazar lo cotidiano, narrar la realidad con sensibilidad, reconocer que cada persona es un relato con distintos matices. Hoy celebro nuestra capacidad de seguir formando miradas para construir una sociedad donde cada historia pueda ser valorada.

La crónica es, por excelencia, uno de los géneros periodísticos más exigentes, porque precisa sentido y rigurosidad sin dejar de lado los pequeños detalles. ¿Cómo ocurrió? ¿Cuándo sucedió? ¿Qué significó esa historia para mí? No sólo abre preguntas, también genera espacios para la reflexión y el debate. Estos ejercicios narrativos que realizamos en El Taller Prensa Escuela, partiendo de la crónica, nos han permitido sembrar una semilla que florece cuando cada joven se pregunta cómo su historia puede impactar la sociedad para transformarla de manera positiva.

En El Taller no hay lugar para la indiferencia, al contrario, aquí la sensibilidad cobra un valor inconmensurable. Durante décadas hemos construido una mirada crítica en los jóvenes que les ha permitido fortalecer sus habilidades comunicativas e identificarse como miembros activos de una sociedad llena de diversidad, la cual les exige cada vez más unos valores cívicos que son fundamentales para el cuidado de la democracia. Más que un semillero para futuros periodistas, El Taller Prensa Escuela es un semillero para que los ciudadanos del presente miren el mañana con conciencia.

Es importante destacar que este proyecto es posible gracias al trabajo colaborativo con la Universidad Pontificia Bolivariana y la Universidad de San Buenaventura. Junto a ellos, partiendo desde una misma convicción, hemos hecho frente a los principales retos que la sociedad ha traído consigo en los últimos años: la desinformación, la ética en la era de la inteligencia artificial, la amenaza constante a las instituciones y a la democracia, la intolerancia. Este es el momento para fortalecer la confianza y seguir trabajando por lo que nos une, porque sin ustedes, nada de esto sería posible. Gracias por contribuir a esta causa■

Somos lo que contamos

Juan David Suárez Vera | Director Facultad de Comunicación Social - Periodismo | Universidad Pontificia Bolivariana



Los hombres y las mujeres somos lenguaje. Y lo somos porque es a partir de él que construimos nuestra historia, que establecemos vínculos, que tejemos redes de relación y de interacción social cotidiana. Con el lenguaje relatamos lo que vemos, lo que pensamos, lo que percibimos, lo que interpretamos. Y son esos relatos, convertidos en historias, los que edifican la memoria de nuestra sociedad y nos permiten ubicarnos en la comunidad a la que pertenecemos y en los diversos grupos sociales en los que participamos.

El ejercicio periodístico permite relatar esa cotidianidad desde la mirada de quien ejerce esta bella profesión, plasmando en el papel, en las imágenes fijas y en movimiento, y hoy con la pluma digital, aquello que nos interesa a todos, aquello que nos beneficia o nos perjudica, aquello que todos deberíamos saber para replicarlo por sus bondades o para evitar que se olvide, como ejercicio legítimo de memoria.

El filósofo francés Paul Ricoeur lo explicó con una idea tan sencilla como profunda: sabemos quiénes somos gracias a las historias que contamos y que otros cuentan de nosotros. A eso lo llamó identidad narrativa. Cuando narramos no copiamos la realidad; la ordenamos, le damos sentido y la entregamos a otros, que la leen desde su propia vida y la vuelven a interpretar. Por eso, para Ricoeur, recordar no es un acto neutral: la memoria puede ser fiel o puede ser manipulada, y el deber de memoria consiste en hacer justicia, mediante el recuerdo, a los otros, especialmente a quienes no pueden contar su propia historia.

El periodista polaco Ryszard Kapuściński, que recorrió África, Asia y América Latina contando la vida de la gente común, convirtió esa responsabilidad en una forma de trabajar. Para él, el buen periodismo exige estar allí: escuchar, observar con los cinco sentidos y compartir la vida de aquellos sobre quienes se escribe. Sostenía que los cínicos no sirven para este oficio, porque quien escribe sobre seres humanos debe respetarlos e intentar comprenderlos. El otro —el vecino, el desconocido, el que piensa distinto— no es un dato ni un titular; es alguien con una historia que merece ser contada con cuidado.

Esta publicación es, entonces, mucho más que un ejercicio de clase. Es el espacio donde los estudiantes, aprenden a mirar con atención, a preguntar con respeto y a narrar con honestidad lo que ocurre en el colegio, en el barrio y en la ciudad. Cada crónica, cada entrevista y cada fotografía es una pieza de la memoria que construimos juntos. Escribir es un acto de libertad, pero también un compromiso con la verdad y con los demás. Que estas páginas demuestren que los jóvenes tienen algo valioso que decir y una manera justa de decirlo■

Prensa Escuela: una apuesta por la formación de jóvenes ciudadanos



Lina María Cano Vásquez | Decana Escuela de Educación y Pedagogía | Universidad Pontificia Bolviariana

Prensa Escuela es un escenario de encuentro entre la educación, la comunicación y las competencias ciudadanas. En este se promueven experiencias de formación que reconocen la lectura, la escritura, la oralidad y la participación como prácticas fundamentales para la construcción de sujetos comprometidos con su entrono. Su carácter interdisciplinario permite integrar diferentes saberes y perspectivas en torno a un propósito común: formar sujetos críticos, sensibles y como ciudadanos integrales.

El programa se orienta desde las facultades de las universidades, a través de que acompañan y articulan los procesos pedagógicos y formativos. Esta orientación se concreta mediante el trabajo de estudiantes universitarios de Comunicación Social, Licenciatura en Inglés-Español y Licenciatura en Lengua Castellana, quienes asumen el papel de talleristas y mediadores de experiencias de aprendizaje. De esta manera, Prensa Escuela se convierte también en un espacio de formación para futuros comunicadores y docentes, que encuentran en el trabajo con comunidades educativas una oportunidad para poner en práctica sus conocimientos, fortalecer sus competencias profesionales y reconocer el valor social de su labor.

El programa se desarrolla con estudiantes de instituciones educativas oficiales y privadas de Medellín, mediante una metodología de taller que privilegia la participación, el diálogo, la creatividad y la construcción colectiva. Cada viernes, los participantes se encuentran en la Universidad Pontificia Bolivariana, donde se conforman grupos de trabajo que integran estudiantes de diferentes colegios. Esta organización favorece el intercambio de experiencias, el reconocimiento de la diversidad y la construcción de vínculos entre jóvenes que, aunque provienen de contextos educativos distintos, encuentran en la palabra y en la comunicación un territorio común para aprender y compartir.

Los talleres abordan temas fundamentales para la formación humana y ciudadana, entre ellos la ciudadanía, la escucha, la empatía, el cuidado del bien común y la narración. Estos ejes temáticos se trabajan a través de actividades que invitan a observar la realidad, escuchar otras voces, reconocer al otro, expresar ideas y construir relatos sobre las experiencias individuales y colectivas. Así, la palabra se convierte en una herramienta para comprender el mundo, establecer relaciones con los demás y participar activamente en la transformación del entorno. Más que transmitir contenidos, se busca generar experiencias significativas en las que los estudiantes puedan reconocerse como sujetos capaces de narrar, interpretar y transformar sus realidades.

Uno de los resultados más significativos de este proceso es la producción de El Taller, una publicación que recoge y divulga una selección de los textos elaborados por los estudiantes de los colegios y los talleristas. En este se reconoce la escritura como una práctica de creación, reflexión y participación, y permite que las voces de sus autores trasciendan el aula y encuentren nuevos lectores. De esta manera, Prensa Escuela no solo promueve el desarrollo de competencias comunicativas, sino que construye una comunidad alrededor de la palabra, en la que leer, escribir, escuchar y narrar se convierten en formas de encuentro, reconocimiento y construcción de ciudadanía

Prensa escuela: un espacio de reflexión en medio de lo cotidiano

Verónica Moreno López | Decana Facultad de Educación Universidad de San Buenaventura



En medio del ritmo acelerado que nos trae el mundo actual, repleto de cambios vertiginosos que no permiten ser asimilados; de las abruptas inmersiones de la tecnología en lo cotidiano, que facilitan ciertos tipos de interacción pero reducen otros, poder contar con la oportunidad de participar en el programa de Prensa Escuela, se convierte en la posibilidad de detenerse, reflexionar, hacer consciente aquello que sucede alrededor, permitirse ser atravesado por la palabra y poder construir vínculos significativos con los contextos, las experiencias, los saberes y las posibilidades de expresarse a través de la escritura, de esa que nace en la mente y se permite deslizarse de manera inspiradora hasta el papel.

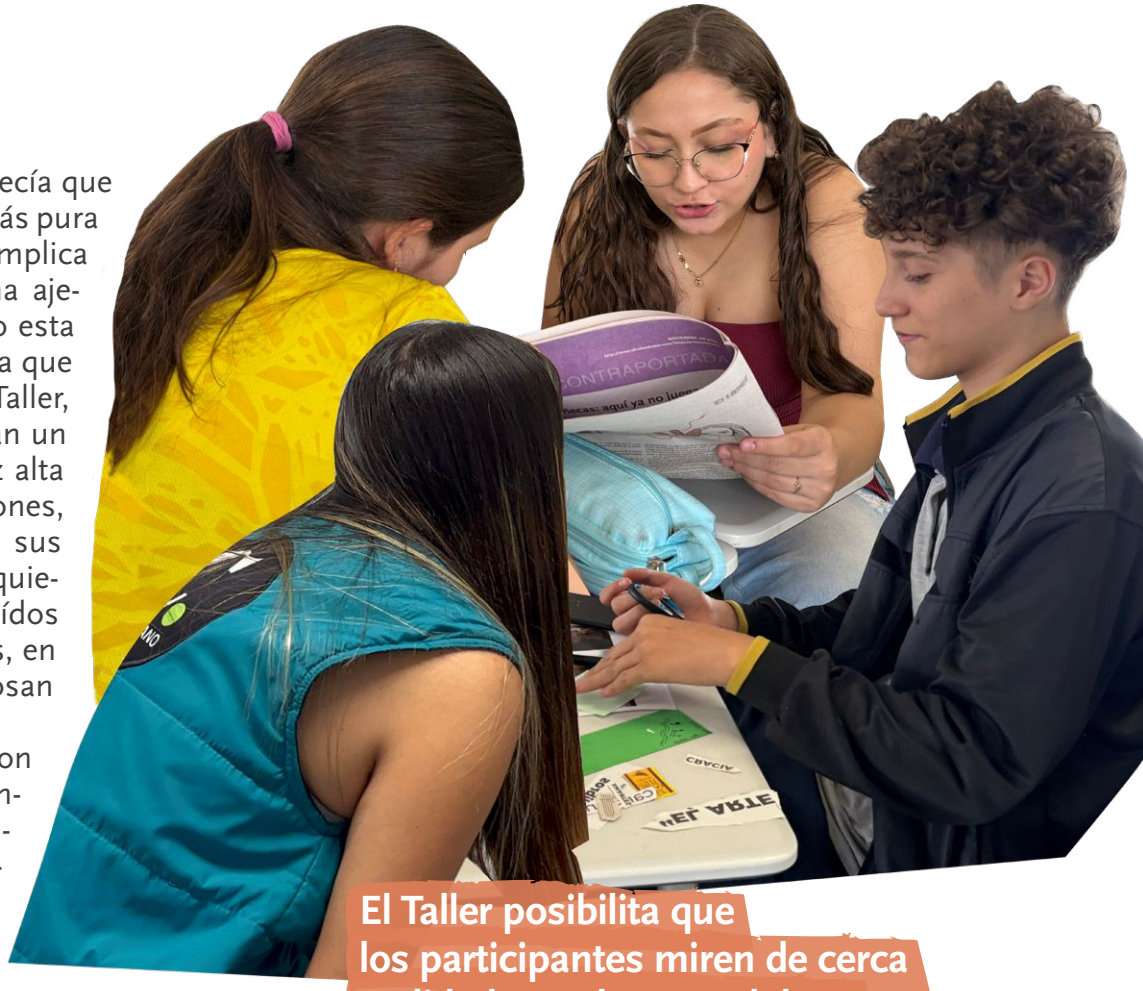
Las posibilidades que ofrece el programa a los jóvenes estudiantes que se vinculan como talleristas o participantes del proceso, además de ese hacerse consciente de las realidades y analizarlas, se orientan a permitirles el desarrollo de habilidades que se conectan con la creatividad, la indagación, la construcción de conocimiento de forma colaborativa, entre otras experiencias que hoy en día se ven reducidas por el afán de lo cotidiano, del hacer.

Para los jóvenes esta oportunidad suele ampliar su perspectiva sobre el mundo, su comprensión del contexto, su forma de hacer hermenéutica de lo que acontece en su entorno, y ello sin duda, es una gran oportunidad para crecer como humano, para alimentar un sentido de vida, para conseguir desarrollar esa sensibilidad que permite la empatía y la cercanía con los otros.

Desde la Universidad de San Buenaventura y su Facultad de Educación, se continuará apoyando esta iniciativa que es hoy tal vez más necesaria que hace unos años; y es necesaria porque la sociedad a veces resta importancia al ser para sumarle valor al hacer, y tal vez es ese cultivo del ser lo que hace falta en un mundo como el nuestro, en el que detenerse a pensar y a reflexionar, suele ser un privilegio al que no todos acceden

Celebrar la escucha

Coordinadores Prensa Escuela



El Taller posibilita que los participantes miren de cerca realidades, culturas o dolores que se podrían ignorar en la vida cotidiana y esto es un principio de la empatía.

La filósofa Simone Weil decía que la escucha, era la forma más pura de generosidad porque implica acoger el dolor o la dicha ajena sin juzgarla. Y es justo esta forma de la generosidad la que vemos cada año en El Taller, en jóvenes que encuentran un espacio para decir en voz alta lo que, en diversas ocasiones, sólo han murmurado en sus cabezas. Esas voces adquieren fuerza a veces en los oídos de sus compañeros; otras, en el papel sobre el que reposan sus historias.

Por eso, el encuentro con los estudiantes en el campus de la Universidad Pontificia Bolivariana trasciende de la simple coincidencia en un espacio físico: allí cobra vida el propósito esencial de Prensa Escuela. Al encontrarse jóvenes de diversas realidades sociales, económicas y educativas, la pluralidad se convierte en el punto de partida para compartir, despertar la sensibilidad y aprender a narrar lo cotidiano desde un primer acto que es el ejercicio de la voluntad, aquella que implica atreverse a decir sí a interactuar con lógicas, lugares y rostros nuevos fuera del aula de clase cotidiana, del barrio habitual, de los amigos de siempre.

Escuchar, además, es el gran inicio de la imaginación narrativa, de la que hablaba la filósofa estadounidense Martha Nussbaum, es decir, de esa capacidad de ser lectores inteligentes de la historia de otra persona, de comprender las emociones y anhelos que alguien ajeno a nosotros podría experimentar. Esto es poderoso porque, descentrarse del propio yo permite entender entender que la vida de los otros es tan real e importante como la nuestra. Así, El Taller posibilita que los participantes miren de cerca realidades, culturas o dolores que se podrían ignorar en la vida cotidiana y esto es un principio de la empatía.

Esa capacidad que se instala como una fuerza silenciosa es la que, finalmente, sostiene todo este ejercicio. Sin la escucha esta publicación no existiría, los textos no hubieran tomado forma y, más allá de esto, las historias que aquí no aparecen, encontraron en los talleres un espacio para convertirse en huella en quienes abrieron sus oídos y su corazón para escucharlas■

Una pausa entre el mandado

Hannah Lopera Builes | Licenciada en Español e inglés | Universidad Pontificia Bolivariana





Ilustración: Estefanía Montoya

Una de las tiendas principales de la calle veintisiete es "Mercabañas". Administrada por una familia que vive a una cuadra, Doña Marta, don Héctor, doña Emilse y doña Gladys son los que se encargan de atender a quienes conocen desde hace casi toda una vida en el barrio cabañas.

La dinámica de la tienda es simple, como en cualquier otra: recibir con un buenos días, buenas tardes o buenas noches a quienes entran —dependiendo del momento del día—, indicarles a los clientes, si preguntan, si el producto que buscan está o ya se acabó, cobrar en la caja, despachar o, cuando se trata de verduras, pesarlas en la balanza que ya tiene impregnados los olores de las legumbres del día a día. Aun así, esta tienda no es solo un lugar de paso. Allí coinciden tanto quienes entran buscando un par de cosas para la casa, como quienes, antes o después de hacer sus compras, se quedan afuera para charlar un rato, algo que ha convertido a Mercabañas en un lugar especial para muchos residentes del barrio.

Allí coinciden tanto quienes entran buscando un par de cosas para la casa, como quienes, antes o después de hacer sus compras, se quedan afuera para charlar un rato

Cuando el pedido no es a domicilio, la transición entre el humo de los carros y el olor a cartón de huevo, cerveza o papa ya anuncia la entrada a la tienda. —Buenas. Los pasillos, coloreados por los estantes de mecato y las neveras con bebidas heladas, son los antojos que distraen de la lista de mercado que fue diseñada en casa. Una vez aparece lo buscado y, cuando el pago no es por transferencia, don Héctor recibe el dinero y el sonido de la caja registradora marca la salida. —Hasta luego, muchas gracias.

Eso dicen algunos. Otros se quedan en las sillas amarillas de afuera y esperan a que otro vecino repita el mismo recorrido para finalmente distraerse y ponerse a conversar. —Doña Marta, dos Pilsen bien frías, porfa. Encienden un cigarrillo y la charla deja de saber al mandado que en un principio fue solicitado, para parecerse más a los antojos que surgieron al entrar. —Y un paquete grande de Doritos también, porfa.

Lo que empieza con una lista de mercado, termina en una cerveza, y pueden pasar dos o tres horas afuera de Mercabañas, sin acordarse de que, en la casa, todavía están esperando el mandado

Una ciudad detrás de la pantalla

Brunella Angobaldo Pacora | Facultad Comunicación Social - Periodismo | Universidad Pontificia Bolivariana

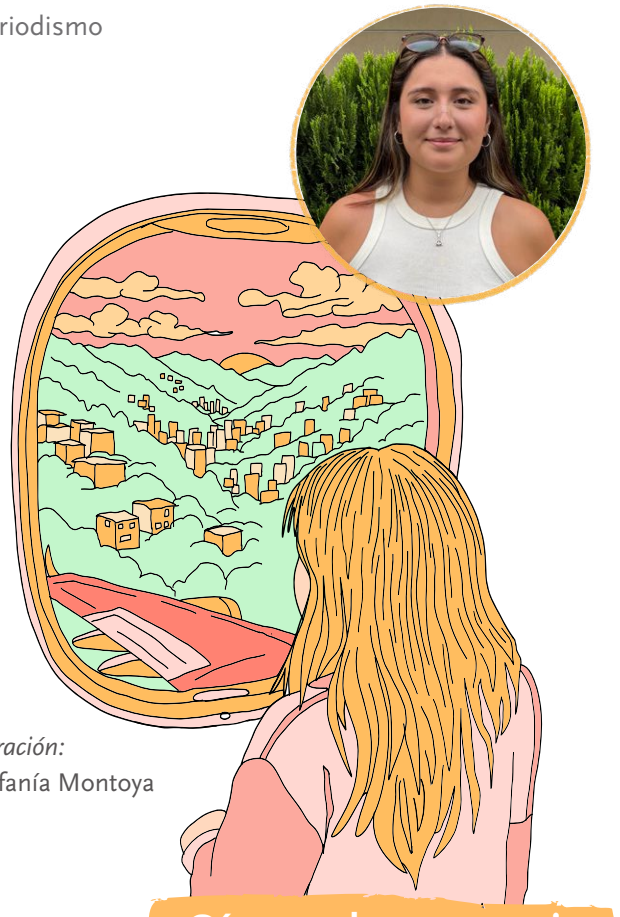


Ilustración:
Estefanía Montoya

Tenía trece años cuando cerré por última vez la puerta de mi casa en Lima, Perú, con mis propias llaves. Recuerdo el sonido de la llave girando, seco y definitivo, y a mi mamá diciéndome que podía volver cuando quisiera, que ese siempre sería mí hogar; yo asentí, pero seguí adelante. Camino al aeropuerto miré la calle gris, el cielo gris que nunca termina de decidir si va a llover, la panadería donde siempre compraba el mismo sol de pan todos los días para el desayuno.

Era el año 2020, y todavía nadie sabía lo que ese año me iba a hacer.

El viaje fue largo. Las maletas pesaban más de lo que yo pensaba que podía pesar una vida entera, y aun así sentía que me faltaban cosas. Cuando el avión empezó a bajar sobre Medellín, pegué la frente a la ventanilla y vi algo que nunca había visto desde Lima: montañas verdes por todos lados, casas colgadas de las laderas como si alguien las hubiera puesto ahí con cuidado, una ciudad entera metida en un valle. Pensé que era bonita. Pensé también que era demasiado distinta.

Las primeras semanas fueron un torbellino de cosas nuevas. El aire era más tibio, el sol salía de verdad, y la gente hablaba con una sintonía que yo no conocía. Todos decían "pues" al final de las frases, me preguntaban "¿qué más?" sin esperar que les contara nada, y cuando algo era bueno decían que era "chimba". Yo respondía con mis palabras de siempre: "chévere", "ya, normal", "pe" y a veces me miraban con una sonrisa curiosa, como quien escucha un acento de película. Alcancé a entrar al colegio, a octavo grado, y a sentarme unos pocos días en un salón lleno de caras desconocidas. Apenas estaba aprendiendo los nombres de mis compañeros cuando todo se detuvo.

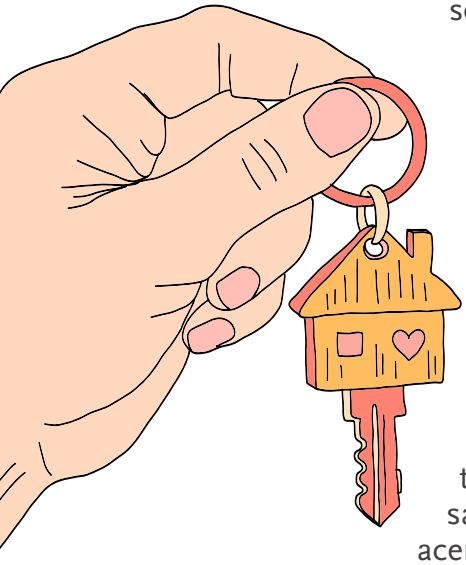
Llegó la pandemia y con ella el encierro.

De un día para otro, la ciudad que apenas empezaba a conocer se volvió una ventana. Desde el apartamento veía las montañas, las calles vacías, algún vecino sacando la basura con tapabocas.

¿Cómo se hace un amigo cuando no puedes ver cómo se ríe, cuando no puedes sentarte a su lado en el descanso, cuando no existe el descanso?

Medellín estaba ahí, al otro lado del vidrio, pero yo no podía tocarla. A veces pensaba que me había mudado a un lugar que solo existía en fotos.

El colegio se convirtió en una pantalla. Todas las mañanas encendía el computador, entraba a la clase y me encontraba con una cuadrícula de cuadritos negros con nombres escritos en blanco. Casi nadie prendía la cámara. Los profesores hablaban y hablaban, y nosotros respondíamos con el micrófono apagado o con un "sí, profe" en el chat. Era muy difícil conocer a alguien así. ¿Cómo se hace un amigo cuando no puedes ver cómo



se ríe, cuando no puedes sentarte a su lado en el descanso, cuando no existe el descanso?

En el colegio de Lima yo sabía quién era. Tenía mi grupo, mis bromas, mi lugar en el salón. Aquí era solo un nombre más en la lista, "la nueva", la que venía de Perú. Cuando me tocaba participar, me ponía nerviosa, porque sentía que mi acento se escuchaba más fuerte por el micrófono, que todos lo notaban. Me daba miedo decir una palabra que aquí significara otra cosa, equivocarme con una expresión, que se rieran detrás de sus cámaras apagadas. Muchas veces preferí quedarme callada.

Las diferencias no estaban solo en el colegio. Estaban también en la comida. Empecé a descubrir de a poco, entre arepas, frijoles y aguacates que no se parecían en nada a una causa limeña o a un lomo saltado. Estaban en las costumbres, en la forma de saludar, en las fiestas que veíamos por televisión y que no podíamos vivir porque nadie podía salir. Extrañaba cosas pequeñas que nunca había valorado: el olor de la cocina de mi mamá, el ruido de los micros en la avenida, la sensación de entender todo sin tener que pensar.

Mis amigas de Lima seguían ahí, también detrás de una pantalla. Al principio nos escribíamos todo el tiempo, como habíamos prometido. Pero con los meses, los mensajes se fueron haciendo más cortos, más espaciados. Ellas tenían su propia vida encerrada, y yo la mía. Me di cuenta de que estaba en un lugar extraño: ya no era del todo de allá, pero tampoco era todavía de acá. Vivía entre dos países y no pisaba ninguno.

Hubo noches en que me sentí muy sola. Me acostaba mirando el techo y me preguntaba si alguna vez iba a sentir que Medellín era mi casa.

Pero poco a poco, casi sin darme cuenta, las cosas empezaron a cambiar. Un día del 2021, en clase virtual, una compañera prendió la cámara y me escribió por el chat para preguntarme cómo se decía algo en Perú. Le respondí, se rio, y me contó cómo se decía en Colombia. Así empezó una conversación que siguió después de clase, y luego en un juego en línea, y luego en notas de voz que nos mandábamos a cualquier hora. Por primera vez sentí que alguien aquí me conocía de verdad, aunque nunca nos hubiéramos visto en persona.

Empecé a aprender las palabras nuevas, a usarlas sin pensar. Un día me escuché decir algo en esa sinfonía que se empezaba a hacer paisaje en mis oídos y me reí sola. Eso me dio la seguridad que necesitaba para poder hacer más amigas a través de la pantalla; trabajos en grupo se convirtieron en grupos de WhatsApp con chistes internos y promesas de salir a algún centro comercial cuando acabara la cuarentena, aunque no sabíamos cuándo iba a ser exactamente. Descubrí que los paisas tienen una calidez que se nota incluso a la distancia.

Cuando por fin pudimos volver al colegio en persona, me paré frente a la entrada con el corazón acelerado. Iba a conocer, cara a cara, a las personas que hasta entonces habían sido cuadritos negros y voces sin rostro. Fue extraño y bonito al mismo tiempo, como conocer a alguien por segunda vez. Algunos eran más altos de lo que imaginaba, otros más tímidos, otros exactamente como sonaban. Y yo, que había llegado siendo la nueva, ya no me sentía tan nueva.

Hoy, cuando pienso en ese 2020, entiendo que fue uno de los años más difíciles de mi vida. Me tocó cambiar de país, de colegio, de amigos y de costumbres justo cuando el mundo entero se cerró. Me tocó conocer una cultura a través de una pantalla, sin poder caminar sus calles ni abrazar a su gente. Pero también aprendí algo que no se me va a olvidar: que uno puede construir un hogar incluso en las condiciones más raras, que la distancia no impide del todo el cariño, y que adaptarse no significa dejar de ser quien uno es, sino aprender a ser más.

Lima sigue viviendo en mí: en mi forma de hablar, en lo que extraño, en los recuerdos que se me vienen a la mente cuando alguien menciona mí ciudad natal. Medellín, en cambio, se fue metiendo despacio, primero por la ventana, después por la pantalla, y al final por la puerta. Y ahora, cuando miro las montañas, ya no siento que estoy viendo una foto.

Siento que estoy en casa

El hombre que le enseñó a la muerte a saber esperar



Valeria Arboleda Rave | Licenciada en Español e Inglés |
Universidad Pontificia Bolivariana

La muerte llegó tarde las veces que buscó a Nicolás. Entre el humo de un *Chesterfield* y el aroma a tinto barato, mi abuelo guardaba los recuerdos de una vida en la que cada día fue una victoria sobre la muerte. Sentado en el sofá de su casa, sosteniendo con una mano su cigarrillo y en la otra un pocillo blanco floreado lleno hasta la mitad de tinto, de ese hecho con aguapanela y café económico, mantenía la mirada fija en un punto ciego de la sala. Yo, intentando descifrar en qué pensaba y sin conseguir respuesta por mí sola, me animé a romper el silencio.

—Abuelo, ¿qué es lo más difícil que te ha tocado vivir? —

Sabía que su respuesta estaría ligada a su labor como policía durante los años ochenta y noventa en Medellín, en pleno auge de la violencia que azotó a Colombia.

—Mija, yo siempre tuve una vida muy difícil desde niño. Era el único varón entre seis hermanas y me tocó sacar adelante a la familia desde que tenía doce años —dijo mientras se rascaba la cabeza, como si hurgara en la memoria buscando recuerdos difíciles de procesar, a pesar de tener ya sesenta y tres años.

—Pensé que ibas a mencionar la época en que sabías que te iban a matar porque estaban pagando por cada policía muerto en los noventa. —

—No, mija, esa fue apenas una de las tantas cosas que me tocó vivir. Venga y verá, le cuento desde el mero principio. —

Nicolás Rave nació el 3 de octubre de 1963, hijo de Pablo Emilio Rave y Ana Delfa Londoño, en el seno de una familia que ya enfrentaba las duras consecuencias de la pobreza. El hombre de la casa —como le decían sus hermanas Mery, Nubia, Rosa, Amparo, Luz Dorian y Gloria— tuvo que empezar a trabajar a sus cortos doce años. Mientras sus hermanas mayores hacían arreglos de modistería y confección junto a su madre, y su padre trabajaba como vigilante, parecía que tantos esfuerzos no eran suficientes para que la comida rindiera en el hogar. Todos vivían amontonados en una pequeña casa del barrio Castilla, en Medellín, donde a Nicolás le tocaba dormir en el comedor, juntando las sillas para improvisar algo parecido a una cama: rígida, incómoda y sin el menor espacio para moverse.

Cuando terminó la primaria, don Pablo le dijo a Nicolás que buscara colegio para seguir estudiando su bachillerato. Pero él, un niño flacucho, de piel trigueña y con una voluntad y unas ganas de salir adelante más grandes que su hambre, decidió que se dedicaría a trabajar. Aunque sus padres intentaban camuflar la crisis, él sabía que necesitaban más ingresos. Su primer trabajo fue vendiendo gelatinas, paletas y helados por el barrio La 80.

—¡Vasssssito, galleta, gelatina, paleta! —gritaba con fervor, esforzándose por engolar una voz grave para que la gente saliera a las puertas a comprarle. Cargaba consigo una nevera de icopor llena de productos, más grande y pesada que él mismo. A veces la jornada no daba lo suficiente y le tocaba ir de puerta en puerta pidiendo sobrados de comida para llevar a su hogar.

Tiempo después consiguió otro empleo en un taller de pintura, donde le iba un poco mejor; la paga era aceptable y ya no le tocaba aguantar el

fogaje del sol en las calles. Gracias a ese trabajo pudo comprar su primer medio de transporte: una bicicleta. Sin embargo, como lo bueno dura poco, tuvo que venderla escaso tiempo después para cubrir emergencias más urgentes en casa.

El 16 de noviembre de 1981, al cumplir dieciocho años, Nicolás, ya un joven apuesto y de carácter firme forjado por las privaciones de su infancia, tomó la decisión de inscribirse en la Policía. No lo hizo por vocación, sino porque el sueldo representaba la única oportunidad real de sacar a su familia de la miseria; además, en aquel entonces no se requería dinero ni estudios previos para ingresar. Su padre se opuso desde el primer momento:

—Nicolás, hijo, no se vaya. Vea que no sabemos a dónde lo van a mandar y no vamos a poder saber de usted —le rogó don Pablo con un nudo en la garganta, temiendo perder a su hijo mayor.

—Pa, tengo que irme. Vea que también necesito la libreta militar y no tenemos plata para comprarla. Si me cogen sin papeles en la calle me va peor, porque me llevan por allá para el monte —respondió Nicolás, manteniendo la liquidez de la razón por encima del dolor de la despedida.

La familia Rave despidió a su hombre de la casa en medio de un silencio denso, marcado por el temor. La sombra de la tragedia ya había tocado a la familia años atrás con la partida de Dora Luz —la hermana melliza de Luz Dorian— y de Carlitos, dos de los hermanos menores que fallecieron por inanición.

Nicolás partió de Medellín en un bus repleto de reclutas. Mientras los demás jóvenes acomodaban maletas con ropa, alimentos y artículos de aseo, él viajaba con las manos vacías, vistiendo un pantalón desgastado, una camisa prestada por su padre y unos zapatos con las suelas rotas. Sin embargo, llevaba consigo una fe inquebrantable. Aferrado a la mano de Dios, como suele recordar, abordó el vehículo con destino a la Escuela de Policía Simón Bolívar en Tuluá, Valle del Cauca.

Durante los primeros tres meses sirvió como auxiliar de policía. Allí por fin contó con tres comidas diarias, un techo y un modesto auxilio que le alcanzaba apenas para sus elementos de aseo personal. El día del juramento a la bandera, mientras sus compañeros celebraban junto a sus familias, Nicolás abrazó la bandera y recibió su fusil de manos de un general; los suyos no habían podido costear un viaje tan largo para condecorarlo como se merecía. Cosa que, al contrario de entristecerse, le dio más aliento y fuerzas para seguir adelante.

Su conducta impecable le valió la oportunidad de extender su formación ocho meses más para convertirse en agente profesional. En mayo de 1982 fue trasladado a Manizales para completar la instrucción. Fue en esa ciudad, en diciembre del mismo año, donde conoció a Luz Stella Mejía: una joven de tez clara, ojos verdes del color del pasto recién cortado, cabello rubio deslumbrante y una sonrisa capaz de iluminar cualquier penuria. Nicolás supo desde el primer instante que ella sería la mujer de su vida.

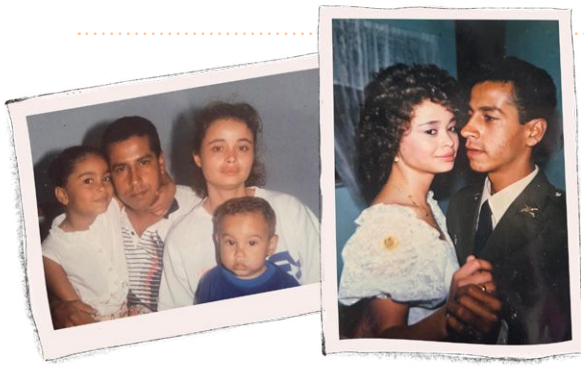
El día del juramento a la bandera, mientras sus compañeros celebraban junto a sus familias, Nicolás abrazó la bandera y recibió su fusil de manos de un general.

En enero de 1983 se graduó oficialmente como agente de policía, alcanzando uno de los logros más significativos de su juventud. Durante sus primeros años de servicio fue asignado a diversos municipios del país, manteniendo vivo el contacto con Stella a través de cartas y con su familia mediante breves llamadas desde teléfonos públicos. El sueldo de agente le permitió conocer por primera vez pequeños lujos como comer pollo asado, probar el arroz chino, estrenar ropa y, sobre todo, girar una suma considerable de dinero a su hogar en Medellín.

En 1986, tras solicitar un traslado para estar cerca de los suyos, regresó a Medellín. Para su fortuna, Stella también se había mudado a la ciudad. A pesar de las reticencias de su suegra, se casaron el 19 de julio de ese mismo año y, poco tiempo después, nació Jeniffer, su primera hija. Nicolás comenzaba a cosechar la tranquilidad que tanto le había costado construir: tenía un hogar, su familia ya no pasaba privaciones y él se sentía orgulloso de su uniforme.

Pero la calma duró poco. En 1990 fue asignado al grupo ÚNASE (Unidad Antisecuestro) de Medellín. La violencia del narcotráfico se desbordaba en las calles y el coronel Orlando Parra se lo dejó claro desde el primer día:

—Rave, nos va a tocar cuidarnos mucho. Nos están matando.



—Mi coronel, no entiendo, ¿qué está pasando? —preguntó Nicolás pensando de inmediato en su esposa y en su hija. Él era el único sustento de su hogar; no podía darse el lujo de morir.

—Están pagando dos millones de pesos por cada policía muerto en la ciudad. Ya van varios compañeros asesinados con el mismo patrón: a quemarropa y mientras portan el uniforme.

Nicolás entendió que debía volver a desafiar la suerte. Medellín se convirtió en un tablero de ajedrez mortal donde cada día requería una jugada perfecta para sobrevivir. En medio de esa atmósfera de zozobra, en 1992 nació su segundo hijo, Jeferson, quien llegó como un faro de esperanza. Sin embargo, la intensidad del conflicto le impidió disfrutar plenamente de la infancia de sus hijos: para protegerlos y salvaguardar su propia vida, Nicolás tuvo que instalarse a vivir a puerta cerrada en el comando del ÚNASE, reduciendo las salidas a la calle al mínimo estricto.

Aún con todos los resguardos, la muerte lo buscó de frente varias veces. En una ocasión, al llegar de civil a su casa en el barrio Castilla, notó a dos hombres encapuchados a bordo de una motocicleta a pocos metros de su puerta. Minutos después, a solo tres cuadras de allí, se escuchó una ráfaga de disparos. Un compañero policía que transitaba por el sector fue asesinado por los mismos hombres. La intuición y la sangre fría de Nicolás le habían salvado la vida esa tarde.

En otra operación de rescate en el sector de Belén Aguas Frías, la patrulla en la que se desplazaba fue emboscada por tres hombres armados con rifles de asalto. Al quedar el vehículo atrapado contra un camión de adobes en una calle sin salida, Nicolás tomó la determinación de saltar del auto para abrir fuego y romper el cerco. El vehículo logró dar marcha atrás y evacuar el lugar, dejándolo a él momentáneamente solo en medio del tiroteo. Cubriéndose entre los muros de las viviendas y respondiendo al fuego enemigo, logró replegarse hasta alcanzar de nuevo a sus compañeros.

La última gran prueba ocurrió durante un operativo encubierto en una panadería donde se realizaba la entrega de un dinero producto de una extorsión. Disfrazado de civil junto a su compañero, el agente Roche, la situación se salió de control cuando el extorsionador descubrió la presencia policial y abrió fuego a quemarropa. Se desató un tiroteo feroz que duró poco más de un minuto. Roche cayó herido de muerte en el abdomen. Nicolás recibió dos impactos en la mano y un proyectil directo en el pecho. Sin embargo, la bala no penetró su caja torácica: chocó de lleno contra el Cristo de una cadena de oro que llevaba al cuello. La medalla quedó doblada y marcada con restos de pólvora, desviando el impacto y salvándole la vida de manera milagrosa.

Con el paso de los años y la paulatina transformación del país tras la caída de los grandes carteles, Nicolás fue trasvasando el peligro de las calles a labores administrativas. Hacia el año 2000 asumió como almacenista de la institución, cargo que desempeñó con la misma pulcritud de siempre.

En 2004, tras más de dos décadas de servicio ininterrumpido y con el derecho a la pensión plenamente ganado, llegó la noticia que terminaría por cambiar el rumbo de sus días: su hija Jeniffer estaba esperando una niña, a quien llamarían Valeria. Sabiendo que la vida policial le había arrebatado incontables momentos de la infancia de sus propios hijos, Nicolás tomó la decisión definitiva de colgar el uniforme. No quería perderse ni un solo detalle del crecimiento de su primera nieta. Se retiró con honores para dedicarse de lleno a su familia, a disfrutar de la serenidad conquistada y a criar a esa niña con el amor que solo un sobreviviente sabe entregar, demostrando que la fe y el amor por la familia son más fuertes que cualquier bala.

—Y esa fue la última vez que esquivé a la muerte, mija. Pero la verdad es que la muerte, ella, sabe esperar. Sé que tarde o temprano vendrá por mí, pero no le tengo miedo, ya le robé el tiempo suficiente para ver crecer a los míos—dijo mi abuelo, regresando de ese largo viaje por su memoria.

Dio el último sorbo a su pocillo floreado, ya frío, y apagó la colilla del Chesterfield en el cenicero. Mientras el humo se disipaba en el aire de la sala, lo miré a los ojos, comprendiendo que detrás de su sonrisa tranquila habitaba un hombre que había derrotado a la muerte en cada batalla, solo para poder estar hoy aquí, contándome su historia

La cuántica tras una buena actuación

Lian Sofia Giraldo Hernandez | Colegio Calasanz Medellín | Grado Noveno
Tallerista: Hannah Lopera Builes

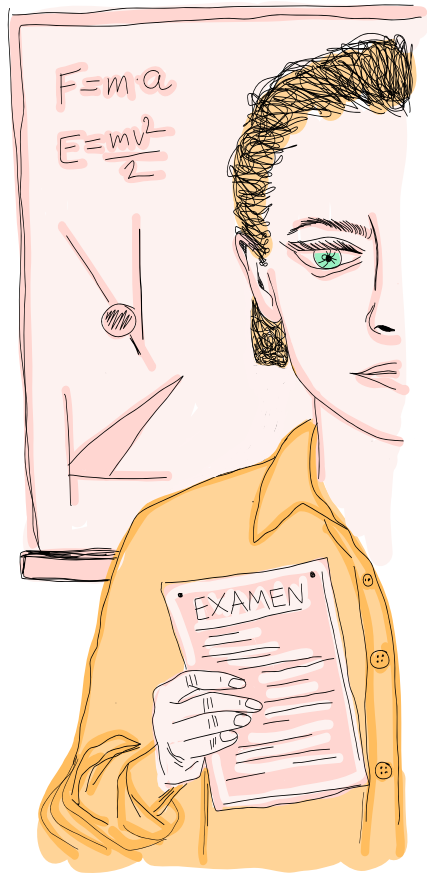


Ilustración: Estefanía Montoya

La clase de Laura, por más que representara una materia difícil, para nosotros era una recarga de energía en la penúltima hora del viernes. Pero nunca imaginé que podría ser tan apasionante...

Aquel día no era como los otros, porque, si bien el calor de las 11:00 a. m. era familiar, las habitualmente ruidosas aulas de Noveno B estaban muy silenciosas y casi vacías. Allí, los pocos que quedaban estaban reunidos en una esquina jugando algún juego de celular como si su vida dependiera de la victoria en él. Al frente, junto al tablero, estaba Laura, sentada en el prestigioso y cómodo puesto de los profes. Ese día era *jean day* y recuerdo que traía su característico labial rojo, complementado de un enterizo blanco que, de alguna extraña manera, cuando se juntaba con el contraste de su corto y oscuro cabello, hacía ver su pálida piel un poco más blanca.

Para lidiar con el aburrimiento, con mi mejor amiga de ese entonces nos pusimos a dibujar garabatos en el tablero. Incluso, al ver detalladamente uno de ellos, Laura nos hizo caer en cuenta de su extraño parecido con el personaje "Limón Agrio" de la serie *Hora de Aventura*. Al darme cuenta de que la profe quería hacer parte de la conversación sin necesariamente dibujar, le dije:

—Profe, ahora que salimos, ¿qué hace una profe de Física en vacaciones?

Al escuchar mi pregunta, su rostro se iluminó suavemente, con esa ilusión de alguien que esperaba aquella pregunta, y me contestó:

—Tengo una obra este fin de semana.

En ese momento la curiosidad se plantó en mi cabeza, que trataba de conectar a Newton con Romeo y Julieta, y en mi rostro, que, con una ceja levantada y sin mucho pensar, me hizo decir:

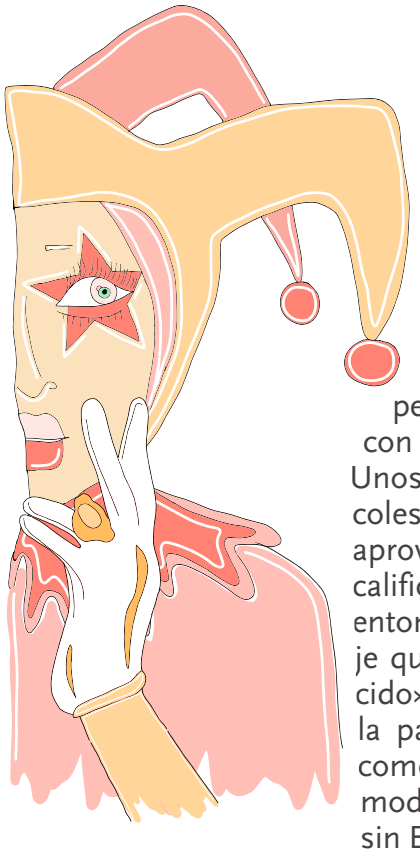
—¿Obra de teatro? ¿Acaso tú actúas?

Ahí empezó a contarme...

—Cuando tenía como 15 años, estaba en búsqueda de algún tipo de arte para hacer en mis tiempos libres. Luego de intentar con muchas cosas y que en su mayoría fallaran por falta de gusto o simplemente problemas para que me llevaran, tuve un momento de rebeldía en contra de mi mamá y, luego de emberracarme, me fui para el teatro de Ayaneiba, donde me uní al grupo de iniciación. Apenas llegué, me encontré con Beatriz y Alfonso, que, sin saberlo, se transformarían en grandes pilares de mi vida. Beatriz era una mujer de talla pequeña, pero eso era lo único que no era gigante en ella. Cuando entraba a una habitación, todos lo notaban. Era algo regañona y, aunque recuerde sus gritos, sé que era el balance perfecto para ser el polo a tierra de Alfonso, quien, con su alma libre o más bien un poco distraída, necesitaba de rigidez para no perderse en el gran mundo de sus ideas o en su larga barba, la cual sólo cortaba el 28 de noviembre.

Para este punto, el brillo de la siempre sonriente Laura tomó un color diferente pues la leve humedad en sus ojos hizo un esfuerzo sin frutos de derramar una lágrima, desenmascarando el dolor al contarme uno de los detalles que aún la mantenían en su grupo de actuación.

—Beatriz cumplía años el 30 de marzo. El año pasado, justo en ese día, tuvimos una obra y aprovechamos para celebrar ahí mismo que estábamos todos los que más la queríamos. Ella se



...todos, en el fondo, tenemos pasiones complejas, diferentes, que incluso parecen opuestas a nosotros.

pegó tremenda borrachera, con la cual salió para su casa. Unos días después, ya en miércoles, estaba yo en el teatro aprovechando el espacio para calificar algunos exámenes, entonces me llegó un mensaje que decía: «Beatriz ha fallecido». Era doloroso saber de la partida de una gran mujer como lo fue ella, pero, de algún modo, la existencia de Alfonso sin Beatriz era un poco más difícil de ver, pues parecía casi imposible que pudieran subsistir el uno sin el otro. ¿Y sabes qué, Lian? Alfonso es precisamente una de mis mayores razones para seguir actuando, porque sé que parte de su esencia está en el teatro y saber que podemos ayudar, así sea un poco, a que se mantenga viva, es algo muy bonito.

Es raro ver cómo una historia tan apasionante se apaga en cuanto uno de sus protagonistas deja de estar físicamente y, a su vez, es hermoso darte cuenta de que su presencia es inmortalizada a través de algo tan único como una obra de teatro.

En ese momento no fui capaz de poner ese sentimiento en palabras, y mi expresión se transformó, precisamente, en la de alguien que no tiene la más mínima idea de qué decir, por miedo a abrir alguna herida con sus palabras. Mi profe lo notó casi de inmediato y, cambiando sutilmente el tono de la conversación, me dio a conocer un poco más sobre ese núcleo que ha formado en estos diez años de ser actriz.

Este grupo es una familia de personas con vidas muy diferentes, pero que se conectan con lo mismo: el teatro.

Con ellos, Laura es una persona opuesta, como ella misma lo describió. Parece Hannah Montana, dejando un poco su lado académico para burlarse de sus compañeros y reírse de todo lo que pasa.

Junto a su mejor amiga Sara han protagonizado varias obras. Una de ellas, con la que se sintió más identificada, se llama *Personajes que me habitan*, adaptada de la obra *Monólogos de una actriz triste*. Y es curioso que, cuando lees un poco de ambas, te das cuenta de por qué la marcó tanto, pues nos hablan de una mujer que es actriz y se encuentra con sus personajes, pero también se replantea cómo relacionar su camino artístico con su «vida real», por decirlo de algún modo, tal y como le pasa a Laura, que ama el teatro, el espacio que representa para ella, para Sara, para el grupo, pero, a su vez, su «lado académico» le impide no incomodarse con impuntualidades, faltas de disciplina y compromiso con las obras, o simplemente con un ambiente que ya no es prioridad en su vida. No porque no le guste actuar, quizás muy en el fondo es consciente de que ha vivido grandes cosas con ellos y, tal como en una relación un poco tóxica, esos mismos recuerdos son los que no la dejan irse.

Justo cuando habíamos acabado con nuestro momento introspectivo, la melodía del timbre que cesaba con la jornada terminó nuestra conversación, que hacía solo unos segundos ya había sido interrumpida por la insistencia de mi mejor amigo para que me apurara con mi despedida. Salí emocionada junto a mi grupo y, cuando pasamos por ese pasillo lleno de estudiantes eufóricos, me di cuenta de que todos, en el fondo, tenemos pasiones complejas, diferentes, que incluso parecen opuestas a nosotros.

Ahora, me empiezo a preguntar por todas esas historias ocultas tras personas que han vivido cautivas en el estigma de lo que otros creen que son por un sólo aspecto que hace parte de su vida, pero que tienen un mundo interior más interesante de lo que parece. Pueden ser locos sin una oreja que hagan hermosas pinturas o estrellas de rock que soñaban con la arquitectura. Todos encontrando en un lugar lejano la sensación de plenitud que solo se da al entregar nuestra devoción a un deporte, actividad o arte que guíe a nuestra alma en un camino de inmortalización

El dato de ciencia del día

Sara Sofía Pacheco Roa | Colegio Marymount | Grado Noveno
Tallerista: Hannah Lopera Builes



Ilustración:
Valeria Ávila

Quién diría que algunas de las cosas que más me han enseñado sobre la vida no las aprendí en un salón de clases ni leyendo un libro, sino caminando al lado de mi papá, una mañana cualquiera, mientras me cuenta su dato de ciencia del día; porque una estrella puede verse muy pequeña desde la Tierra y, sin embargo, ser gigantesca en realidad, asimismo una conversación por la mañana puede durar unos minutos y permanecer en nuestra memoria durante años.

Mi papá es médico, se llama Carlos, y aunque no se conecte mucho con su profesión, siempre le ha fascinado la ciencia, y esa es una de las cualidades que más le admiro. Normalmente me cuenta cosas sobre las estrellas, los agujeros negros o algún científico que probablemente habría conocido mucho después en el colegio.

Todo empezó durante una de nuestras caminatas por la mañana, mientras disfrutaba de las vacaciones del colegio. Como de costumbre, mi papá tenía preparado su dato de ciencia del día. Nunca sé cuándo va a empezar: puede estar hablando del tráfico y, cinco segundos después, explicándome algo sobre el universo. Es algo que le da esa personalidad que curiosamente me recuerda a un niño de cinco años.

—¿Sabías que la luz de algunas estrellas que vemos en el cielo salió de ellas hace muchísimos años? —me preguntó esa mañana.

Negué con la cabeza y me dispuse a escucharlo, porque ya sé que una pregunta durante su explicación de cinco minutos puede convertirla, fácilmente, en una de una hora entera. Me explicó que algunas estrellas están tan lejos que su luz tarda años en llegar hasta nosotros. Incluso puede que hayan dejado de existir y todavía podamos ver su luz.

Me quedé pensando en eso durante el resto de la caminata. Me parecía increíble que algo tan lejano pudiera llegar hasta nosotros después de tanto tiempo. Y mientras yo intentaba procesar toda esa información a las ocho de la mañana, mi papá probablemente ya estaba pensando en su siguiente dato científico.

Pero a mi papá no solamente le gusta enseñarme cosas que me ayudan a entender ese mundo inmenso que existe allá afuera. También le encanta hacerme preguntas que me llevan a pensar en ese pequeño mundo que cada uno de nosotros lleva por dentro.

A veces, nuestras conversaciones empiezan con algo mucho menos interesante: uno de mis malos días. Porque, si hay algo que también se me da bastante bien, es convertir un pequeño problema en el acontecimiento más importante de mi vida: una discusión con una amiga, algo que no

me salió como quería o simplemente un día en el que todo parecía salir mal, podían hacerme sentir que el mundo entero estaba en mi contra. En esos momentos, evidentemente, mi problema parecía mucho más urgente que cualquier galaxia. Cuando le cuento esto a mi papá, él suele decirme:

—Bueno, ¿y eso tiene solución?

—No lo sé.

—¿Puedes hacer algo para cambiarlo?

—Pues... depende.

—Entonces, ¿por qué te estás preocupando por algo que todavía no sabes si puedes solucionar?

Odio un poquito cuando tiene razón.

Para él cada cosa tiene solución y que no vale la pena gastar toda nuestra energía preocupándonos por lo que no podemos controlar. No significa que todos los problemas sean fáciles de resolver, pero me ha enseñado a distinguir entre lo que puedo cambiar, lo que puedo aprender y lo que simplemente tengo que aceptar.

Aunque, claro, mi papá no siempre me da las respuestas directamente. A veces prefiere hacerme preguntas hasta que yo misma llegue a alguna conclusión. Lo cual puede ser bastante frustrante cuando uno simplemente quiere que le digan qué hacer.

Pero creo que esa es precisamente la idea. Entre datos científicos, preguntas inesperadas y conversaciones durante nuestras caminatas, empecé a darme cuenta de que mi papá no solo quería que entendiera cómo funcionaba el universo, sino que también aprendiera a entender un poquito mejor mi propia vida. Creo que al final de todo, a mi papá le encanta hacerme cuestionar mi propia existencia. Y ya sé que esto puede sonar muy poético, pero sus conversaciones me han ayudado a valorar esos pequeños momentos que, mientras suceden, parecen tan normales. Un día me dijo:

...empecé a darme cuenta de que mi papá no solo quería que entendiera cómo funcionaba el universo, sino que también aprendiera a entender un poquito mejor mi propia vida.

—¿Sabes algo? Nunca te bañas en el mismo río dos veces —me dijo una vez.

Lo miré, esperando que explicara a dónde quería llegar.

—¿Cómo así? ¿Por qué? Si vuelvo al siguiente día y me baño en el mismo río, obviamente que es el mismo río.

Él me explicó que el agua que tocaba mis pies hoy ya habría seguido su camino al día siguiente. El río seguiría allí, probablemente en el mismo lugar, pero el agua habría cambiado. Y yo también habría cambiado, aunque fuera un poquito.

Había aprendido algo nuevo, habría hablado con alguien, habría tenido un día diferente o habría pensado en alguna cosa que antes no se me había ocurrido.

—Entonces, ¿nunca repetimos nada exactamente? —le pregunté.

—Exactamente. Al final, lo único constante en la vida es el cambio.

Me quedé pensando en eso. Porque, si lo miraba de esa manera, hasta los momentos más comunes tenían algo irrepetible. Y creo que eso fue lo que más me hizo pensar. Pasamos tanto tiempo esperando que sucedan cosas extraordinarias que a veces no prestamos atención a las que ya están sucediendo. Una mañana con mis amigas en el colegio puede parecer una mañana cualquiera. Una conversación con la vecina que saca a pasear a su perro puede durar cinco minutos y no volver a mencionarse jamás. Una cena en familia puede ser solamente una cena en la que alguien cuenta algo que pasó durante el día y los demás escuchan mientras comen. Al final, esos momentos también forman parte de nuestra vida. Y, aunque probablemente no recordemos cada detalle dentro de veinte años, eso no significa que no hayan sido importantes.

Esto me lleva a otra de las preguntas que me hacía mi papá: ¿qué significa realmente dejar una huella en el mundo? Una noche de películas en familia terminamos viendo *Contacto* (1997), de Robert Zemeckis. Por alguna razón, las películas sobre el espacio siempre logran tocarme el corazón y esta me hizo pensar en cómo podría llegar a ser alguien en un mundo tan inmenso.

Durante mucho tiempo pensé que hacer algo importante significaba conseguir algo extraordinario, como descubrir una galaxia o inventar algo que cambiara la historia. Me preocupaba no saber todavía qué quería hacer cuando fuera mayor y cómo iba a aportar algo al mundo. Pero otro día, en una conversación con mi papá, me hizo ver las cosas de otra manera.

—¿Tú crees que tienes que cambiar el mundo entero para hacer algo importante?- me preguntó.

—Pues... es que no todo el mundo puede hacerlo.

—¿Y si empiezas por cambiar algo en el mundo de una sola persona?

No recuerdo qué le contesté exactamente, pero sí recuerdo haberme quedado pensando en esa pregunta. Porque tenía razón. Una conversación de cinco minutos no cambia la historia de la humanidad. Una sonrisa no cambia el movimiento de las estrellas. Ayudar a alguien a recoger algo que se le cayó probablemente no aparecerá en ningún libro de historia. Pero ¿y si esa conversación era justo lo que alguien necesitaba ese día? ¿Y si esa sonrisa hacía que una persona se sintiera un poquito menos sola? No podemos saber siempre cuánto significa una acción para los demás. Muchas veces ni siquiera llegamos a conocer sus consecuencias.

Mi papá lo compara con lanzar una piedrita a un río. Cuando la piedra toca el agua, aparecen unas ondas que se extienden por la superficie. Al principio podemos verlas claramente, pero después se vuelven más difíciles de distinguir hasta que terminan perdiéndose de nuestra vista.

—Tú ves las primeras ondas —me explicó—, pero no puedes seguirlas para siempre. No sabes exactamente hasta dónde llega cada una. Y tal vez con nuestras acciones sucede algo parecido.



Cuando la piedra toca el agua, aparecen unas ondas que se extienden por la superficie. Al principio podemos verlas claramente, pero después se vuelven más difíciles de distinguir hasta que terminan perdiéndose de nuestra vista.

Nunca sabemos hasta dónde pueden llegar las pequeñas cosas que hacemos por los demás.

Ahora, cuando pienso en todas esas conversaciones con mi papá, me doy cuenta de que muchas de sus enseñanzas han llegado mientras caminamos, cuando me cuenta un dato científico, me hace una pregunta o simplemente me escucha.

Quizás para él son unos minutos de conversación durante una mañana cualquiera. Pero para mí terminan siendo mucho más que eso. Me enseñan a cuestionarme, a ver las cosas desde otras perspectivas y a entender que no necesito cambiar el universo entero para hacer algo que importe■

Soy una persona demasiado curiosa; es como tener un superpoder que transforma lo ordinario en fascinante, aunque también tiene su propio lado complejo; aun así, las personas como yo vivimos en un estado de constante asombro, exploración y ligera sobreestimulación.

Maria Alejandra Solorzano Medellin. I .E. El Diamante

Entre el humo y el amor

Emily Ruiz Henao | I.E. El Diamante | Grado Noveno
Tallerista: Audrey Mariana Rodríguez Villamizar



Ilustración:
Valeria Ávila

Entre el humo que se eleva de la plancha, el ruido de los carros que recorren la transitada calle 68 del barrio Castilla y las voces de quienes caminan por sus andenes, se encuentra Ana Esther, una mujer que, con una sonrisa cálida, de esas que invitan a sonreír de nuevo, atiende su puesto de comida.

A simple vista, parece una escena cotidiana de cualquier calle de Medellín; sin embargo, detrás de cada porción de chunchurria hay una historia de sueños, sacrificios y amor incondicional.

Ana Esther nació en Cali, donde pasó su infancia rodeada de mucho amor. A pesar de ello, la relación con su madre fue difícil. Durante sus primeros años, no comprendía por qué sentía que ella no la quería como esperaba; luego, con el paso del tiempo, fue entendiendo por qué.

Su adolescencia, en cambio, estuvo llena de alegría, música y movimiento. Era una joven popular, reconocida por su habilidad para bailar salsa y por practicar el *agualulo,* una danza tradicional vinculada a la cultura del Pacífico colombiano.

Su talento la llevó a ganar cuatro concursos en 1980, 1981, 1983 y 1985. Mientras bailaba, también imaginaba el futuro que quería construir: soñaba con viajar por el mundo, convertirse en secretaria y aprender taquigrafía, una habilidad muy útil en una época en la que las máquinas de escribir formaban parte de la vida laboral.

Pero sus planes cambiaron cuando tenía apenas 17 años y quedó embarazada de su primer hijo. De pronto, las metas que había imaginado para sí misma parecieron quedar en segundo plano. Ahora tenía una nueva responsabilidad: cuidar de un niño y comenzar a construir una vida en la que sus propias aspiraciones tendrían que convivir con las necesidades de su familia.

Tiempo después nació su segunda hija, Dayana. Cuando tenía apenas tres meses de vida, sufrió una meningitis que le provocó ataques de epilepsia y le dejó un retraso intelectual. A partir de entonces, la vida de Ana tomó un rumbo diferente. Además de ser madre, tuvo que asumir las responsabilidades de cuidar a una hija que necesitaría acompañamiento y atención especiales durante toda su vida. En medio de una situación económica muy humilde, comenzó una etapa en la que cada decisión tenía un peso importante para el bienestar de sus hijos.

Con el propósito de sacar adelante a su familia, Ana consiguió un trabajo en la empresa Prensa Moderna Impresores, donde trabajaba durante jornadas de doce horas. Allí se elaboraba el periódico El País de Cali y se fabricaban los cuadernos Norma.

Mientras cumplía con sus obligaciones laborales, dejaba a sus hijos al cuidado de una señora a quien le entregaba dinero para comprarles leche. Sin embargo, un día descubrió que aquel dinero no se estaba utilizando para ese propósito: la mujer guardaba la plata y alimentaba a los niños con Bienestarina. La situación la llevó a cuestionarse si esa era la vida que quería para sus hijos. Después de pensarlo, tomó una decisión difícil:



No se trataba solamente de cocinar, sino de descubrir una oportunidad para generar ingresos y mantener a sus hijos, sin depender de alguien.

renunció a su empleo. Para Ana, estar pendiente de ellos y garantizar su bienestar era más importante que continuar en un trabajo que le impedía tener el control sobre sus cuidados. Por eso, y para evitar que los conflictos de una relación tóxica en la que estaba continuaran afectando a sus hijos, dejó Cali para irse a Medellín.

Llegar a la nueva ciudad significaba empezar de nuevo, con la responsabilidad de sacar adelante a sus dos hijos y la incertidumbre de no saber con exactitud qué le esperaba. En su equipaje también llevaba una meta académica que había quedado inconclusa, una técnica que no pudo terminar porque el lugar donde cursaba el programa la cerró cuando todavía le faltaban seis meses para graduarse. A pesar de tener ese camino pendiente, debía concentrarse en encontrar la manera de sostener a su familia.

En busca de nuevas oportunidades llegó al barrio Castilla ubicado al norte de Medellín donde conoció a Juan Pablo, propietario de la droguería Santa Mónica. Él le dio ese pequeño impulso que necesitaba para buscar una forma de salir adelante por sus propios medios. Así empezó a tomar forma una idea que terminaría convirtiéndose en parte de su vida cotidiana: vender chunchurria, que es el intestino delgado de la res o del cerdo. Es un corte de casquería muy popular en la gastronomía latinoamericana y, de manera muy especial, en los asados y la comida típica de Colombia.

Ana emprendió entonces la búsqueda de una receta que le permitiera ofrecer un producto especial. Se dirigió al centro de Medellín para conseguir los ingredientes, buscar un carrito con el que pudiera salir a vender y encontrar la preparación que conquistara el gusto de sus futuros clientes. No se trataba solamente de cocinar, sino de descubrir una oportunidad para generar ingresos y mantener a sus hijos, sin depender de alguien.

Después de hacer cursos y buscar distintas alternativas, encontró la receta que consideró perfecta. Conseguirla le costó 700.000 pesos. Con la fórmula en sus manos y su carrito listo, comenzó su negocio.

El miedo estaba presente: emprender significaba enfrentarse a lo desconocido y asumir nuevos riesgos. Sin embargo, sus ganas de salir adelante por ella y por sus dos hijos han sido más fuertes que la incertidumbre. En ellos y, especialmente, en su hija Dayana, ella ha encontrado una forma de amar que ocupa un lugar fundamental en su vida. Por eso hoy, el amor es su motor para levantarse y seguir buscando una mejor calidad de vida■

Hay algo curioso en intentar escribir sobre la infancia. Uno cree que está recuperando recuerdos, pero a veces termina encontrándose con cosas que llevaba años intentando no mirar.

Ammi Cedeño Velásquez. I.E María Josefa Escobar

El barrio a crédito

Luciana Marín Vargas | I.E Jorge Eliecer Gaitán
Tallerista: Audrey Mariana Rodriguez Villamizar



Ilustración:
Estefanía Montoya

Si la Fiscalía alguna vez hubiera necesitado reconstruir la vida financiera de una cuadra, habría bastado con revisar la libreta argollada de doña Yolanda. Entre sus páginas estaban anotadas tantas compras, deudas y cuentas pendientes que poco tendría que envidiarle a una oficina de contabilidad.

Yolanda era de esas mujeres que parecían tener el barrio por oficina y las lomas de Medellín por pasillo. Subía y bajaba de casa en casa, con sus revistas bajo el brazo y un carisma que le abría espacio hasta en las conversaciones más desprevenidas. Allí donde había una reunión o una visita, aparecía ella, dispuesta a conversar y, si se daba la oportunidad, encargaba su nuevo pedido.

De piel trigueña, Yolanda llevaba el cabello recogido en un moño alto, del que escapaban pequeños crespos por las patillas y la coronilla. Entre su cabello castaño se mezclaban unas mechas rubias, de ese tono caramelo que poco tenía de peluquería fina. Usaba lentes y, al escribir, entrecerraba los ojos para concentrarse en los nombres y las cantidades. Se maquillaba con polvo compacto, rubor, pestañina y un labial intenso que parecía imposible de ignorar. Sus blusas, de cargaderas delgadas, dejaban asomar las tiras del brasier, y un lapicero, casi siempre detrás de la oreja, completaba la estampa. Bajo el brazo, decorado con un tatuaje de corazón pequeño, llevaba revistas que ofrecían desde perfumes hasta artículos para el hogar, junto con ofertas que podían convertirse en compromisos difíciles de cumplir al llegar la fecha de pago.

Pero las revistas no hacían milagros. Para vender, Yolanda tenía su propio teatro de persuasión, que podía comenzar en cualquier esquina o reunión.

—Ay, doña Yolanda, no, yo no necesito nada. La situación está muy dura.

—Ay, mijo, pero venga, venga, mire sin compromiso. Estos son los catálogos nuevos. Échele una ojeadita, mirar no es comprar.

La negativa terminaba, al menos, con una revista abierta sobre la mesa. Si alguien se interesaba por una loción, Yolanda intervenía de inmediato:

—Vea, esa loción es de toda la vida, ¡toda la vida! En mi casa la usamos todos: mi sobrina, mi cuñada, yo... Vea, vea, huélala. Eso le dura una eternidad.

Después venían las promociones: que llevando dos unidades daban una tercera, que aquello era un *gangazo*. Y si todavía no conseguía un sí, sacaba su última carta:

—Ay, mijo, pero es que el pedido se va entre hoy y mañana. Yo ahorita llego a mi casa a cerrar pedido, así que tiene que decidirse ¡ya, es ya! Aproveche que la promoción no va a esperarlo a usted.

Así, el "mire sin compromiso" terminaba en un encargo, una nueva deuda que el cliente ni siquiera había pensado realizar.

Bajo su brazo desfilaban catálogos de Avon, Ésika, Cyzone, Carmel, Natura, Yanbal y Lebel, además de otros que llegaban según la campaña. Había pestañinas, rubores, labiales, cremas, desodorantes, lociones y *splash* para toda la familia, pero también ropa, acolchados, fundas para almohadas y artículos para el hogar. Yolanda convertía cualquier necesidad en una compra.

Fue precisamente entre esas cuentas pendientes donde empezaron a aparecer las historias que no siempre se contaban cuando alguien hablaba de vender por catálogo. De casa en casa, doña Yolanda no solo recogía pedidos y anotaba deudas, también recogía chismes. Después de tantos años recorriendo

el barrio tenía su propio libro de historias sobre quienes le habían dejado cuentas pendientes.

Uno de los casos que recordaba con mayor indignación era el de un vecino al que le había fiado una loción de 135.000 pesos. En lugar de pagar, el hombre prefirió dejarle de hablar, como si con dejar de saludar también desapareciera la deuda. Hasta el día de hoy, la mamá de Yolanda todavía lo mira feo por semejante desplante. Porque una cosa es deber plata y otra muy distinta es pretender que nadie se acuerde.

Otro caso fue el de una supuesta amiga de Yolanda, quien encontró otra manera de quitarse el problema de encima. Un día le encargó una loción costosa que recibió ocho días después. Cuando llegó la quincena, dijo que no tenía con qué pagar y decidió devolverla, aunque ya la había usado. Yolanda terminó sin el dinero y con un producto que, difícilmente, podía volver a vender. La pérdida le tocó asumirla a ella.

Los enredos tampoco se quedaban en la calle. En una ocasión, Yolanda aprovechó una promoción en la que, por el precio de una loción, recibía dos. Podía entregar una y vender la otra por separado para obtener una ganancia adicional. Sin embargo, su propio marido también le compraba esas lociones promocionales y, según contaba ella, la plata de esas ventas tampoco aparecía. Lo que prometía ser un buen negocio terminaba convertido en otra cuenta pendiente.

Entre vecinos que dejaban de saludar, amigas que devolvían productos usados y cuentas que ni siquiera dentro de la casa se saldaban, Yolanda descubrió que vender por catálogo no consistía solamente en convencer a alguien de comprar, sino también en conseguir que cumpliera su palabra. Como bien podría decirse en el barrio, para el que se hace el desentendido, no siempre hay ley que alcance.

Con el tiempo, el oficio fue perdiendo presencia en los barrios. Las dificultades para cobrar y la falta de empatía de algunos clientes complicaron el negocio, mientras las plataformas de compra por internet, con precios más económicos, cambiaban los hábitos de consumo. Para muchas vendedoras, lo que antes representaba una oportunidad para sostener sus hogares, terminó convirtiéndose en un trabajo cada vez más difícil de mantener.

★ Texto destacado ★

A través de un retrato entrañable y detallado, la autora transforma una dinámica cotidiana en una profunda reflexión sobre el valor de la palabra dada, la importancia de la confianza comunitaria y las tensiones éticas que sostienen la convivencia en el barrio. El texto da cuenta de una gran capacidad para narrar la vida de personas que son característicos y tradicionales en la comunidad.

Sin embargo, la historia de doña Yolanda sigue vigente: una mujer que, con solo escuchar su nombre, transmite autoridad, trayectoria y credibilidad. Su presencia ha marcado las calles y los pasillos del barrio. El cabello recogido, los lentes, el labial intenso, el lapicero detrás de la oreja y los catálogos bajo el brazo componen una imagen que quienes la conocen difícilmente olvidarán. Es el poder de convencer hecho mujer, la misma que sube y baja las lomas y convierte un «yo no necesito nada» en una compra pendiente.

Y si algún día alguien consulta la libreta argollada de doña Yolanda, en sus páginas no sólo verá nombres, productos y deudas. Encontrará la historia de una mujer que recorrió el barrio tratando de ganarse la vida, una venta a la vez, después de aprender que convencer a alguien de comprar puede ser mucho más fácil que conseguir que cumpla su palabra■

A veces me pregunto cuántas historias viajan junto a nosotros sin que lleguemos a conocerlas.
Susana Bustamante García. I.E. Empresarial

De doctor a taxista

Mariana Meneses Ospina | Escuela Normal Superior de Medellín | Grado Undécimo
Tallerista: Valeria Arboleda Rave





Todos los días lo veo: siempre está cansado y, sin querer, noto más canas en su pelo y más callos en sus manos. Todas las noches se acuesta a las 7:00 p.m., pues a las 5:00 a.m. tiene que estar saliendo de la casa a trabajar. Lleva casi 48 años siendo taxista; 48 años recorriendo todas las calles de Medellín, conociendo todos sus secretos y todos sus desvíos.

Mi abuelo es un hombre alto, carismático, amable y, sobre todo, capaz de quitarse el pan de la boca para dárselo a quien lo necesita. Siempre me pregunté por qué era taxista, pues veía el esfuerzo que le ponía a ese trabajo tan agotador, la hora a la que se tenía que ir y las veces que llamaba a mi abuela a decirle: «Gorda, el trabajo está muy pesado, voy a llegar a la casa más temprano».

Un día, después del almuerzo, mientras estábamos sentados en las sillas de la sala, me armé de valentía y le pregunté por qué era taxista. Él, con una voz un tanto nostálgica pero tranquila, me relató su historia.

Nació el 25 de enero de 1951 en Santa Bárbara, Antioquia. Creció en el campo junto a las vacas y las gallinas, con el olor a café en las mañanas, moliendo maíz y amasando todos los días para hacer las arepas del desayuno. Sus padres murieron muy temprano y lo dejaron a él y a sus hermanos —tres mujeres y dos hombres— al cuidado de su tía Roxana. Aunque él era el menor de la familia, eso no significó que fuera el consentido.

Trabajó mucho y estudió demasiado para dedicarse a lo que le apasionaba: la medicina. Le encantaba todo lo relacionado con ella, pues su sueño era lograr ser doctor rural, ya que cuando vives en el campo sabes las necesidades de las demás personas cuando se requiere un doctor. Él sabía perfectamente lo necesario que era un médico en su pueblo y también sabía que no había ninguno. Que, si en algún momento llegaban a necesitar uno, tendrían que viajar casi dos horas por una carretera sin pavimentar, a caballo, hasta Medellín para llegar a un hospital adecuado. Eso era lo que lo motivaba a ser doctor: ayudar a quienes de verdad lo necesitan, sin importar su origen o su condición.

La tía Roxana lo mandó a Rusia a estudiar en una universidad multicultural. Y tiene sentido si uno piensa en lo que era Santa Bárbara cuando mi abuelo era niño. Él nació en 1951 y creció

escuchando lo que había pasado el 23 de febrero de 1963, cuando los obreros de Cementos El Cairo se fueron a huelga y el Ejército les disparó, dejando 12 muertos, entre ellos una niña de 11 años que solo pasaba por ahí. En ese tiempo no había guerrilla ni paramilitares en el pueblo como habría después, en los años 80 y 90, en Antioquia, pero aún así esa masacre, conocida como la Masacre de Santa Bárbara, marcó la historia del pueblo.

Lo que había en ese momento era abandono: una carretera sin pavimentar a Medellín, donde había que viajar casi dos horas a caballo para llegar a un hospital, y ningún doctor en el pueblo. Por eso la tía Roxana hizo el esfuerzo de mandarlo a Rusia. Allí pasó casi cuatro años estudiando hasta terminar su carrera como médico.

En ese lugar conoció a su esposa Leonor, mi abuela. Su historia de amor siempre me pareció muy cliché, pues se conocieron de la manera menos esperada. Un día por la tarde, antes de ir a una clase a la que ya iba tarde, él se chocó contra una chica en las escaleras y le hizo caer todos sus cuadernos. Un tanto apurado por el retraso, le ayudó a recogerlos rápidamente, se disculpó y se marchó, sin saber que a los pocos días se la volvería a encontrar en un bar.

Un amigo de él la llevó para que conociera a otros compañeros, ya que todos sus amigos allí eran de diferentes países. Al encontrarla de nuevo, a él le pareció algo sorprendente, y más aún al enterarse de que ella ya llevaba casi nueve años en Rusia, estudiaba Medicina igual que él y también era colombiana. Mi abuelo quedó completamente enamorado. Todos los días la acompañaba a sus clases, le enviaba cartas y la invitaba a salir; así estuvo durante casi un año hasta que se volvieron novios.

Todos los días la acompañaba a sus clases, le enviaba cartas y la invitaba a salir; así estuvo durante casi un año hasta que se volvieron novios.

Al año siguiente se casaron. Cuando lo hicieron, mi abuela ya tenía seis meses de embarazo y esperaban a su primer hijo. Sin embargo, algo cambió sus vidas para siempre. Mi abuelo ya había terminado su carrera como doctor y, tal como lo indicaban las leyes en Rusia, debía volver a su país. Eso le destrozó el corazón, pues mi abuela, al llevar mucho más tiempo allá, ya tenía la nacionalidad, mientras que él solo llevaba cuatro años.

Él hizo un trato con el gobierno ruso, el cual consistía en que debía ejercer su profesión como médico en Colombia. Mi abuelo cogió sus maletas y regresó rápidamente a su país para empezar a trabajar, pero no sabía la mala jugada que le esperaba. Al llegar a Colombia, sus diplomas fueron rechazados; le dijeron que no podían aceptarlos y que, si quería trabajar como doctor, tenía que volver a hacer la carrera y certificarse en el país.

Para mi abuelo esa respuesta fue como un balde de agua fría. ¿Cómo iba a estudiar si no tenía trabajo? ¿Y cómo iba a volver a Rusia si no podía ejercer como médico?

Tristemente, no pudo cumplir con el trato y no le dieron la nacionalidad rusa. Mi abuela no fue capaz de quedarse ni un día más allá sin su esposo, por lo que empacó sus maletas rápidamente y tomó un avión desde Rusia hasta Colombia, aún embarazada, para acompañarlo y no dejarlo solo.

Mi abuelo buscó muchos trabajos, pero en ninguno lo contrataron de manera oficial. Su única opción fue tomar un taxi viejo que tenía la familia, y así comenzó. Desde entonces, todos los días trabaja incansablemente como taxista, desde las 7:00 de la mañana hasta las 7:00 de la noche, para así llevarles el pan de cada día a su familia, la cual, a lo largo del tiempo, se hizo más grande y, por ende, el trabajo y el esfuerzo aumentaron.

Aunque hubo días en los que tuvieron que sobrevivir apenas con lo mínimo, él jamás dudó en darle su pedazo de comida a sus hijos para que no aguantaran hambre. A punta de madrugadas, dolores de rodilla y problemas de cataratas que obtuvo por su trabajo en las noches, logró sacar a su familia adelante.

Ahora, cuando lo veo llegar a las 7:00 p.m. y dejar las llaves del taxi sobre la mesa de la sala, entiendo de dónde vienen esas canas, esos callos y esa costumbre de acostarse temprano. No me lo contó como una queja. Me lo contó mientras se tomaba el tinto de la tarde y miraba por la ventana hacia la calle■

Entre pinceles y baquetas

Aslie Gislen Ramírez Agudelo | I.E Jorge Eliecer Gaitán | Grado Undécimo
Tallerista: Valeria Arboleda Rave



Hay personas que parecen llevar consigo una luz particular, aunque siempre vistan de negro. Simón es una de ellas. Alto, de cabello largo y liso, con una forma de vestir tan propia que parece haber convertido el negro en su uniforme personal. Algunas veces le han dicho que parece emo o le preguntan que dónde es el funeral, pero estos comentarios se los toma con humor. Algo interesante es que no parece necesitar cambiarse de piel al salir del colegio: incluso entre las luces de un concierto conserva esa misma apariencia, como si la música y él compartieran desde siempre una misma identidad.

En el colegio, Simón es una persona amable, tranquila y muy querida por sus estudiantes. Tiene una manera particular de hacer bromas y de convertir los momentos más sencillos en algo divertido. Es de esos profesores que, sin proponérselo demasiado, dejan una gran impresión en quienes lo conocen. En él hay una calma que parece acompañarlo a todas partes, una tranquilidad que hace difícil imaginar el ruido y el caos que puede llegar a producir cuando se sienta frente a una batería.

La primera vez que lo vi junto a su banda fue el 18 de octubre de 2025, en un evento llamado *Divagando entre enigmas*. Ellos se iban a presentar en una sala de ensayo ubicada en Belén. Era un segundo piso, algo pequeño, con luces tenues y pósteres de varias bandas locales y de otros lugares; a pesar del poco espacio, era más que suficiente para que las bandas pudieran presentarse y la gente se reuniera a parchar, disfrutando de la música.

Recuerdo que ese día llegué un poco tarde, ya que me había quedado dando vueltas por la misma manzana, confundida, sin saber dónde era el toque; por eso, me perdí de algunas bandas. Sin embargo, había una razón en particular por la que estaba allí: quería verlo tocar y saber por qué tantos de mis compañeros del colegio hablaban de él con emoción y tenían *stickers* con el logo de su banda; me generaba curiosidad conocer esa faceta suya que hasta entonces sólo podía imaginar, dado que poco sabía de su vida como músico.

Me resultaba impresionante ver a tanta gente diferente reunida en un mismo lugar, compartiendo algo que parecía unirlos mucho más allá de su apariencia: la música. Todo me parecía nuevo, extraño y fascinante. Estaba emocionada y sin saber exactamente qué esperar, pero con muchas ganas de descubrir qué pasaría esa noche.

Y entonces llegó el momento de verlos. Cuatro integrantes —dos guitarristas, un bajista y Simón detrás de la batería— conformaban *Maldecidos por el Sol*. Fue extraño, en el mejor sentido de la palabra, encontrarme con esta versión de él: aquel profesor que en el colegio difícilmente

alzaba la voz en sus clases y a quien se le notaba una delicadeza al usar los pinceles, ahora golpeaba con fuerza las baquetas contra los tambores al ritmo de la música, gritando y cantando enérgicamente junto a sus compañeros.

Entre las canciones de aquella noche hubo una que se quedó conmigo de una manera especial: *Crisálida*. Recuerdo algunos de sus versos: «¿Cuántas capas nos separan de nosotros mismos?». Una pregunta que, sin saberlo en ese momento, terminó relacionándose bastante con lo que estaba descubriendo. Además, hay algo en la letra que me hizo pensar en el camino que han recorrido y en las marcas que cada experiencia les ha dejado.

Más allá de la sorpresa de verlos tocar, había algo que me llamaba aún más la atención: la pasión con la que lo hacía. Era la misma que podía reconocer en su manera de enseñar, aunque se manifestara de otra forma. En el colegio, esa pasión puede verse en la paciencia con la que explica o en la disposición que tiene para ayudar; en el escenario se convierte en golpes de batería y en una voz que parece atravesar los lugares.

La diferencia no está tanto en quién es Simón, sino en la manera en que elige expresarse. Un pincel puede dejar marcas sobre el papel, pero la música también puede dejar una huella en quienes la escuchan. Y, sin darme cuenta, su música comenzó a dejar una marca de sol en mi corazón.

Durante una conversación, Simón me compartió algunas de las anécdotas que había vivido junto a su banda durante sus viajes y presentaciones: lugares distintos, personas desconocidas y momentos que, aunque a veces parecieran no tener nada en común, terminaban convirtiéndose en recuerdos muy particulares.

Uno de esos lugares que visitó fue Pasto. Me contó que había quedado encantado con los paisajes de Nariño, con esa belleza que parece esconderse entre las montañas y que hace que uno quiera quedarse a contemplarlo todo. Entre tantos viajes, llegó también a Montería, donde, según me dijo, el calor era impresionante; sin embargo, eso parecía ser lo de menos cuando llegaba el momento de tocar, pues allí se encontró con un público muy animado.

Aquí en Medellín, *Altavoz* es mucho más que un escenario: es un espacio en el que numerosas bandas buscan la oportunidad de mostrar su trabajo ante un público enorme.

Con el tiempo, conforme me acercaba a ellos, fui entendiendo el esfuerzo que había detrás de esa faceta musical. Hubo momentos de incertidumbre, cansancio, trasnochadas y dificultades que seguramente hicieron que el camino se sintiera más largo de lo esperado. También hubo personas que dudaron de ellos, que pensaron que no llegarían lejos o que nunca conseguirían reconocimiento.

Pero siguieron tocando. Los ensayos se alargaron hasta altas horas de la noche y el cansancio se fue acumulando, pero la decisión de volverlo a intentar al día siguiente nunca se puso en duda. Todos estos sacrificios que hicieron dieron sus frutos y en 2026 pasaron de tocar en un bar a hacerlo en el *Festival Internacional Altavoz,* esto significó que uno de sus sueños se había cumplido.

Aquí en Medellín, *Altavoz* es mucho más que un escenario: es un espacio en el que numerosas bandas buscan la oportunidad de mostrar su trabajo ante un público enorme, y llegar hasta allí requiere superar un proceso de selección exigente. Para una banda local, conseguir ese lugar

★ Texto destacado ★

A través de una mirada cercana a la vida cotidiana, el texto transforma la figura de un profesor de colegio en un viaje de descubrimiento sobre las múltiples facetas de una persona, sus hobbies y el valor de la constancia para alcanzar los sueños.

representa la posibilidad de llevar su música más lejos, de encontrarse con personas que quizá nunca habían escuchado su nombre y de demostrar que todo ese esfuerzo ha valido la pena.

Y ellos lo consiguieron: los cuatro juntos, unidos por la misma maldición del sol.

Recuerdo lo especial que fue verlos allí el 11 de octubre en el Parque Norte, en el escenario principal. Esta vez no se encontraban en esa sala de ensayo a la que había ido tantas veces, sino que los veía sobre una tarima enorme, frente a una multitud, en un evento que significa tanto para la escena musical de la ciudad. Sentí un orgullo difícil de explicar. No era solamente la emoción de ver a una banda dar un concierto en un escenario tan importante, sino la felicidad de ver a personas que apreciaba alcanzar algo por lo que habían trabajado tanto. Me alegraba por Simón, David, Pillo y Godoy, porque sabía que aquel momento era mucho más que una presentación.

Cuando comenzaron a tocar, el público respondió con una energía increíble. Los pogos se formaban con cada una de sus canciones, las personas se movían al ritmo de la música y la tarima parecía llenarse de una fuerza que alcanzaba a quienes estábamos abajo. Fue hermoso observar cómo su música podía reunir a tantas personas, ver cómo había quienes conocían cada letra, quienes gritaban con emoción y algunos que llegaban especialmente para verlos a ellos.

Entonces entendí que la música no termina cuando una canción acaba, vive en las personas que la escuchan, en lo que les hace sentir y en aquello que les ayuda a sobrellevar sus propios días. Para algunos, una canción puede ser un recuerdo; para otros, un refugio, una compañía o una razón para seguir adelante.

Y cuando terminó la presentación, la emoción no se quedó sobre la tarima. Abajo comenzaron a reunirse con sus amigos, familiares y gente que los apreciaba, todos acercándose para felicitarlos entre abrazos y sonrisas. Todos empezamos a sentirnos como unos verdaderos maldecidos por el sol■

La música no termina cuando una canción acaba, vive en las personas que la escuchan, en lo que les hace sentir y en aquello que les ayuda a sobrellevar sus propios días.



Ilustración:
Estefanía Montoya

Cuerdas enredadas

Kevin Sepúlveda Velásquez | I.E Presbítero Antonio José Bernal Londoño | Grado Undécimo
Tallerista: Valeria Arboleda Rave



Ilustración: Valeria Ávila

Ese 15 de agosto de 2019 todavía vive en mi memoria. Basta con recordarlo para sentir otra vez los nervios, las ganas de llorar y aquella voz dentro de mi cabeza que repetía que algo saldría mal: fallaría una nota, se rompería una cuerda o terminaría haciendo el ridículo frente a todos.

Desde pequeña me fascinaba el violín. Mi padre me regaló uno cuando tenía seis años, pero aquel regalo venía acompañado de una exigencia: debía aprender a tocarlo con excelencia y alcanzar la perfección. En ese entonces no entendía muy bien qué significaba aquello. Para mí, la música era equivocarse, practicar, aprender y volver a intentarlo. Para él, en cambio, equivocarse parecía ser una falta imperdonable.

—¿Otra vez esa nota? —me reclamaba cuando fallaba durante las prácticas—. ¿Para qué te llevo a clases si no vas a esforzarte?

—Sí me estoy esforzando, papá —respondía, procurando que no me temblara la voz.

—Entonces demuéstralo. Vuelve a empezar.

Yo lo intentaba, aunque cada error hacía que me sintiera más pequeña. Cuando el violín soltaba aquel chillido agudo que tanto odiaba, mi padre fruncía el ceño, señalaba mi cuarto y me ordenaba practicar más. A veces terminaba con los dedos adoloridos y los ojos llenos de lágrimas, preguntándome por qué algo que amaba podía hacerme sentir tan mal.

Sin embargo, nunca llegué a odiar el instrumento. Escuchar a David Garrett me ayudaba a reconocer la fuerza y la tristeza que podían caber en una melodía. Lindsey Stirling, por su parte, me transmitía una libertad que yo no encontraba en mi vida cotidiana. Cuando tocaba a solas, sin mi padre vigilándome, el violín dejaba de ser una obligación. Era mi refugio, el lugar donde podía equivocarme y no sentía miedo de ser simplemente yo.

En el colegio también intentaba ser perfecta. Sacaba buenas notas, cumplía con mis responsabilidades y procuraba no decepcionar a nadie. A veces sentía que vivía siguiendo una lista de expectativas que otros habían escrito para mí. La música era lo único que todavía me permitía imaginar que podía elegir algo por mi cuenta.

Aquel día, mi padre me despertó a las siete de la mañana, aunque la presentación comenzaba a las once. Apenas había dormido, me parecía casi imposible detener mis pensamientos.

Me miré en el espejo. Tenía el cabello rizado revuelto y unas ojeras que me hacían parecer un fantasma. Intenté arreglarme sin pelear demasiado con la peinilla. Mientras me recogía parte del pelo con unas horquillas, mi padre apareció en la puerta, ya vestido para irse a trabajar.

—Espero que hoy no me hagas quedar mal —dijo—. He invertido mucho tiempo y dinero en tus clases. Quiero resultados, no excusas.

—Voy a hacerlo lo mejor que pueda —contesté.

Él suspiró, como si mi respuesta no fuera suficiente.

—Lo mejor que puedas no siempre es lo bastante bueno. No cometas errores.

Se marchó sin esperar otra respuesta. Me quedé mirando mi reflejo, con una mezcla de rabia y

tristeza. Me puse el vestido negro que había elegido para mí, acomodé los zapatos y guardé el violín en su estuche. Por fuera parecía lista para una presentación importante; por dentro, sentía que iba camino a un examen en el que no podía permitirme fallar.

Al llegar al colegio, el ruido de los estudiantes en los pasillos me recibió de golpe. El edificio era antiguo, con paredes color crema marcadas por el paso de los años y ventanas altas por las que entraba una luz pálida de la mañana. En algunos rincones, la pintura estaba descascarada; en otros, los carteles de actividades escolares cubrían las paredes. El suelo brillaba por el aseo reciente y el olor a madera, polvo y productos de limpieza se mezclaba con el de los desayunos que algunos estudiantes llevaban en sus manos.

Aunque había gente por todas partes, aquel lugar me hacía sentir extrañamente sola. Las voces rebotaban en los pasillos y cada carcajada parecía recordarme que los demás podían estar tranquilos mientras yo luchaba por controlar mis nervios. Seguí los letreros hasta el teatro. Era pequeño, con un escenario de madera oscura, cortinas color vino y filas de sillas tan juntas que el público quedaba muy cerca de quienes actuábamos. Las luces del techo iluminaban el escenario sin dejar demasiados rincones donde esconderse. Solo imaginarme allí, observada por tantas personas, me hizo apretar el estuche contra el pecho.

Yo quería tocar porque amaba la música, porque el violín me permitía expresar todo aquello que no me atrevía a decir en voz alta.

Nos indicaron que esperáramos en la biblioteca hasta que nos llamaran. La sala tenía estantes altos, mesas largas y ventanas que daban al patio central. El reloj analógico de la pared avanzaba con un tic-tac que, por alguna razón, parecía más fuerte que de costumbre. Me senté en una esquina y observé a los demás participantes. Algunos repasaban sus canciones en voz baja; otros bromeaban para calmar los nervios.

Una chica que llevaba una carpeta se sentó cerca de mí.

—¿Qué vas a tocar? —me preguntó.

—*Carol of the bells,* en la versión de Lindsey Stirling.

—¡Qué difícil! ¿Estás nerviosa?

Miré el estuche sobre mis piernas.

—Muchísimo. Siento que se me va a olvidar todo apenas suba.

—A mí también me pasa —dijo ella—. Pero ya estamos aquí, ¿no? Algo tiene que salir bien.

Le agradecí con una sonrisa pequeña. No sabía si sus palabras me tranquilizaban, pero al menos durante un momento dejé de sentirme la única persona asustada en aquella sala.

Desde el teatro llegaban fragmentos de las presentaciones. Algunos estudiantes cantaban canciones de Soda Stereo y Caifanes; otros recitaban poemas. Una chica comenzó a decir un poema titulado *No te rindas,* de Mario Benedetti. No recuerdo todos sus versos, pero sí el título. Me quedé pensando en esas palabras. Era curioso escuchar una invitación a resistir justo cuando yo estaba cansada de intentar convertirme en alguien que nunca había elegido ser.

¿De qué me servía ser la mejor estudiante? ¿Por qué asistía a cursos que no me interesaban sólo para cumplir con las expectativas de mi padre? Había pasado tanto tiempo tratando de ser la hija perfecta que casi no sabía cuáles eran mis propios sueños.

Entonces recordé algo importante: presentarme había sido decisión mía. Mi padre no me había obligado a participar. Yo quería tocar porque amaba la música, porque el violín me permitía expresar todo aquello que no me atrevía a decir en voz alta. Tal vez había mezclado mi deseo de tocar con la necesidad de demostrarle a mi padre que era suficiente. Pero no tenían por qué ser lo mismo.

—¿Estás bien? —me preguntó la chica de la carpeta al verme tan callada.

—Creo que sí —respondí—. Sólo estoy intentando recordar por qué hago esto.

—¿Y por qué lo haces?

Miré el estuche y pasé los dedos por el borde gastado.

—Porque me gusta tocar. Porque cuando lo hago, siento que puedo ser yo.

Decirlo en voz alta me ayudó a entenderlo. No significaba que hubiera dejado de querer a

mi padre ni que sus palabras ya no me dolieran. Pero estaba cansada de dejar que su opinión decidiera cuánto valía yo. Respiré profundamente y traté de concentrarme en la razón por la que había aceptado estar allí.

Entonces escuché mi nombre.

Los aplausos de la presentación anterior todavía llenaban el teatro cuando me levanté. Caminé hacia el escenario y la madera crujió bajo mis zapatos. Desde allí, las filas de sillas parecían interminables. Podía distinguir rostros atentos, manos apoyadas sobre las piernas y algunas personas inclinándose para verme mejor. Las luces me dieron en los ojos y, por un instante, la sala se convirtió en un espacio enorme del que no sabía cómo salir.

Me temblaban tanto las manos que casi se me resbaló el violín. Acomodé el instrumento bajo la barbilla y levanté el arco. El meñique me dolía después de tantos meses de práctica. Había pasado noches enteras repitiendo los mismos compases, convencida de que, si practicaba lo suficiente, algún día dejaría de cometer errores.

Antes de tocar, cerré los ojos. Recordé las palabras de mi padre, pero esta vez intenté no obedecerlas. Al menos durante aquella canción, el violín era mío.

La primera nota llenó el teatro con un sonido agudo y misterioso. Empecé despacio, concentrada en el movimiento del arco y en la posición de mis dedos. La melodía fue creciendo, alternando momentos delicados con otros rápidos y enérgicos. Los tonos graves sostenían la armonía mientras los agudos parecían elevarse por encima del público. Poco a poco, dejé de escuchar el ruido de mis propios pensamientos y comencé a escuchar la música.

Cada cambio de ritmo me recordaba algo que había guardado en silencio: las noches de práctica, las lágrimas que escondía y las veces que había querido decir que estaba cansada. Cuando llegó la parte más rápida, sentí que ya no podía contener todo aquello. Algunas lágrimas recorrieron mis mejillas, pero seguí tocando. No eran sólo tristeza; también había rabia, frustración y el alivio de poder expresar, por fin, algo que llevaba demasiado tiempo dentro de mí.

Solo quería terminar la canción y sentir que aquella interpretación me pertenecía. No necesitaba ser la mejor ni demostrar que nunca me equivocaba. Quería poder elegir mi camino y estar orgullosa de mí misma, incluso cuando las cosas no salieran como esperaba.

Cada cambio de ritmo me recordaba algo que había guardado en silencio: las noches de práctica, las lágrimas que escondía y las veces que había querido decir que estaba cansada.

La última nota quedó suspendida en el aire antes de desaparecer. Bajé el violín lentamente. El corazón me golpeaba el pecho y tenía los dedos tensos. Durante un instante, el teatro quedó en silencio. Pensé que quizá había cometido un error que todos habían notado.

Entonces comenzaron los aplausos. Primero escuché unos pocos y, enseguida, el sonido llenó la sala. Levanté la mirada, sorprendida. Varias personas sonreían y la chica que había conocido en la biblioteca me aplaudía desde una de las primeras filas. Una sonrisa tímida apareció en mi rostro.

Lo había conseguido.

Busqué a mi padre entre el público por costumbre, aunque sabía que no estaba allí. Cuando recordé su ausencia, sentí alivio y tristeza al mismo tiempo. Todavía quería verlo sonreír y escuchar que estaba orgulloso de mí. Después de tantos años buscando su aprobación, no podía dejar de necesitarla de un momento a otro■

La música deja de ser solo ruido bonito para volverse un idioma propio, una forma de sentir el tiempo que se detiene cada vez que uno agarra un instrumento.
María José Arroyave Loaiza. I.E Compartir

La otra cara de la mañana

Juan Camilo Giraldo Rúa | Colegio Centro Educativo Autónomo | Grado Décimo
Tallerista: Valeria Arboleda Rave

A las cuatro y media de la mañana, la ciudad parece un gigante dormido bajo una cobija gruesa de niebla que baja despacio desde los cerros. A esa hora las calles están vacías y sólo se ven las luces amarillas de los camiones de carga. Esos vehículos avanzan muy despacio por la pista oscura, parecidos a enormes monstruos de metal que buscan un lugar donde parar en medio de la noche.

En las puertas de la plaza principal, el frío de la madrugada pica y molesta sin piedad. El viento fresco que baja se mete por la ropa y congela los dedos de los cargadores que esperan parados en la acera. Nadie habla mucho para cuidar el aliento, y cada vez que alguien bota el aire, sale de sus labios una pequeña nube blanca, como si tuvieran vapor atrapado en el pecho que se deshace en un segundo.

De pronto, un camión se frena de golpe con un ruido duro de sus frenos: ¡Ssssss! El chofer baja de la cabina y levanta la gran puerta metálica. Al abrirse, sale un aire encerrado que huele a viaje largo, a madera mojada y a fruta fresca recién bajada de las fincas de la región. Con ese solo movimiento, las luces de la plaza se prenden una a una y la oscuridad sale corriendo por las puertas.

El lugar despierta de golpe y se llena de vida. Los cargadores bajan cajas sin parar mientras las ruedas de madera de las carretillas hacen clac-clac-clac contra el piso. Don Mateo, un abuelo con la cara llena de arrugas, acomoda las manzanas en su puesto, mientras a su lado doña Elena llena su mesa con naranjas que parecen pequeños soles.

A las siete de la mañana, el sol rompe por fin contra las cimas de las montañas, llenando de luz el valle y haciendo que la gente salga apurada a trabajar o estudiar sin imaginar el esfuerzo de la madrugada.

Mientras el bullicio de la plaza se intensifica y cada trabajador encuentra su ritmo bajo la luz del día, yo sigo recostado contra una columna fría, con morados en los hombros por cargar bultos, sin nada en el estómago desde la noche pasada, con una sed agotadora y unas ganas inmensas de dormir por llevar trabajando veintitrés años en lo mismo.

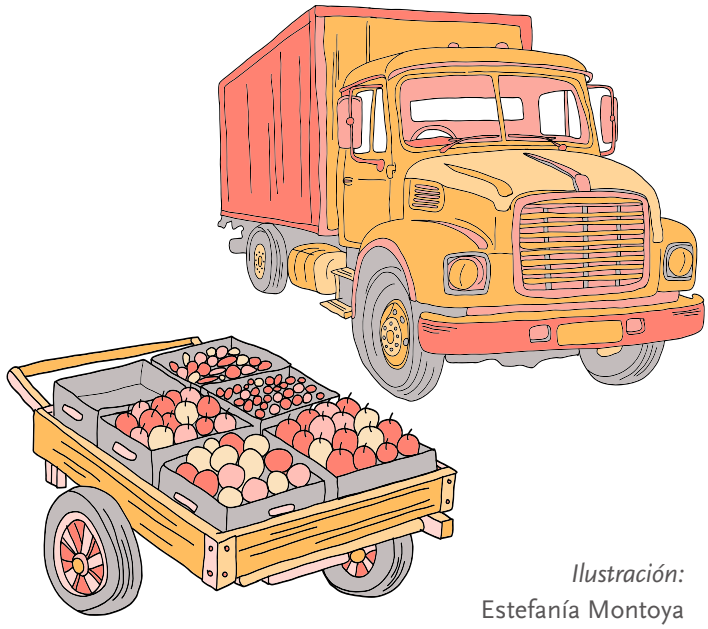


Ilustración:
Estefanía Montoya

Me acerco a Don Mateo, le extiendo la mano para despedirme y cobrar las monedas de mi jornal, y en ese instante me mira a los ojos con una tristeza honda. Me palmea el hombro y me dice en un susurro:

—Vete a dormir, muchacho... Descansa, que en pocas horas vuelven a buscarte para empezar de nuevo con la misma carga.

—Don Mateo, ¿usted cree que algún día esto sea distinto? —le pregunté con la voz quebrada.

—Los años pasan, muchacho, pero las carretillas siguen rodando igual —respondió él, dándome las monedas de la paga—. Ahora váyase antes de que el cuerpo le cobre más caro el viaje.

El sol brilla sobre la plaza, pero yo sé que al caer la tarde volveré a arrastrar los mismos pasos hasta esta misma columna, atrapado en un ciclo del que nadie despierta jamás■

La última semana

Pablo Arroyave Piedrahíta | Instituto San Carlos de la Salle | Grado Undécimo
Tallerista: Brunella Angobaldo Pacora

Cada vez que mi familia se reúne alrededor de una mesa, ya sea en Navidad, en un cumpleaños o en cualquier celebración, siempre entra en el tema de conversación mi bisabuela Libia.

Todo comenzó en el cementerio Campos de Paz.

Acabábamos de salir del velorio de un hermano menor de mi bisabuela, alguien a quien apenas conocía. El calor era insoportable. Yo llevaba una camisa negra y sentía que el sol me quemaba la espalda. Ese día era una de esas ocasiones en las que uno asiste porque le toca; sentía que sólo era una interrupción de mi rutina, un evento del que me quería largar para llegar a mi casa y hacer lo que siempre hacía: jugar en el computador y dormir.

Después de que terminó aquel tedioso velorio, mientras caminábamos hacia el carro, empecé a bombardear a mi papá y a mi abuela con preguntas: ¿qué relación tenía con mi abuela?, ¿por qué se murió?, ¿cuándo se murió?, ¿cuántos años tenía?

Quería entender quién había sido aquel hombre e intentar saber, por otro lado, qué significaba que una persona dejara de existir.

Mi papá respondió con paciencia. Mi abuela intervenía de vez en cuando para corregir algún detalle. Finalmente llegamos al carro. Recuerdo que era un Renault Sandero gris que parecía un horno bochornoso bajo el sol de Medellín.

Seguí preguntando y preguntando mientras subíamos al carro: mi papá se puso al volante, mi abuela en uno de los asientos de atrás y yo de copiloto. Duramos buena parte del trayecto hablando del difunto. Mi papá, al ver que no me quería quedar callado, preguntó:

—Mijo, para usted, ¿qué significa la muerte?

Recuerdo aquella pregunta mejor que el trayecto completo.

Tenía trece años y me quedé sin palabras. Miré por la ventana, miré a mi abuela y después al frente. Esperaba encontrar una respuesta en algún lugar, pero no existía una que pudiera explicar lo que sentía. Al llegar a la casa seguimos conversando en la cocina. Fue entonces cuando mi abuela decidió responder por mí.

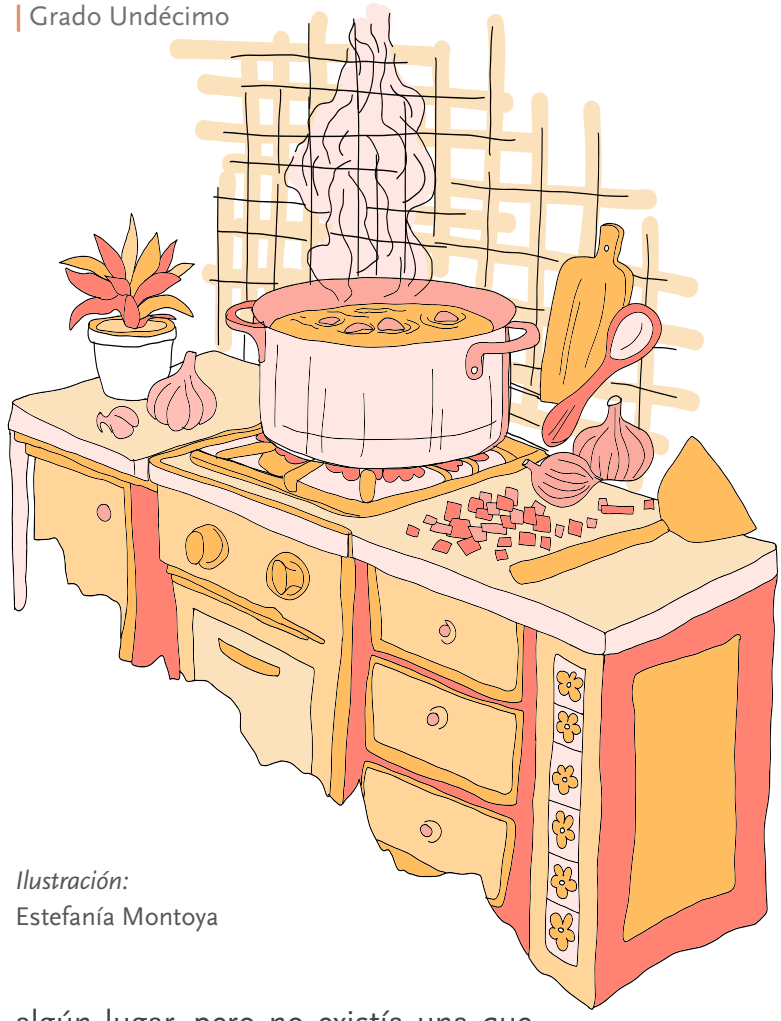


Ilustración:
Estefanía Montoya

Me miró y dijo:

—Pablito, la muerte es esa amistad que odias, pero a la que, al final, terminas dándole la razón.

En ese momento no entendí nada.

¿Cómo algo que te quita a las personas que amas podría ser una amistad?

Durante los días siguientes retomé mi rutina. Me levantaba para ir al colegio, caminaba por los mismos pasillos, hablaba con los mismos compañeros y regresaba a casa para hacer tareas o sentarme frente al computador. Todo parecía exactamente igual.

Sin embargo, el jueves ocurrió algo extraño.

Mi papá fue quien me despertó, algo inusual encontrarlo en ese papel, ya que siempre me despierta mi mamá.

Mientras me arreglaba para salir, me dijo:

—Hijo, el sábado vamos a visitar a Libia.

La propuesta me pareció repentina.

—¿La bisabuela está enferma o le pasó algo?

Mi papá frunció el ceño.

—¡¿Y tenemos que esperar a que esté enferma para visitarla?!

No quería insinuar nada malo; solo respondí sin pensar. No volví a mencionar el tema. Pero desde ese momento algo comenzó a sentirse distinto.

El mundo seguía funcionando con normalidad. Las clases continuaban, la gente caminaba por las calles y los buses atravesaban la ciudad como todos los días. Aun así, yo me sentía extraño. Estaba cansado, distraído y cada vez pensaba más en mi bisabuela.

Cuando finalmente llegó el sábado, apenas había dormido.

La ciudad amaneció cubierta por esa humedad típica que queda después de la lluvia. Desde la ventana del carro observaba el pavimento brillante, los edificios húmedos y los árboles moviéndose lentamente bajo el viento. Yo iba sentado atrás, cabeceando del sueño, viendo fugaces destellos del trayecto y despertándome de vez en cuando por algún cabezazo contra la ventana.

Llegamos a Laureles, donde vivía mi tía y donde pasaba la mayor parte del tiempo mi bisabuela. Como siempre ocurría en las reuniones familiares, tuvimos que dejar el carro varias cuadras más atrás y caminar.

Adentro ya estaban mis tíos, primos y familiares. Entre ellos se encontraba Victoria, mi prima, que apenas tenía un mes de nacida.

Todavía recuerdo una fotografía que tomaron ese día. Mi bisabuela sostenía a Victoria en brazos mientras levantaba dos dedos formando una V. Sus manos torcidas apenas podían hacerlo, pero ella sonreía orgullosa.

La muerte es esa amistad que odias, pero a la que terminas dándole la razón. Porque nos obliga a aceptar que no todos los sábados están garantizados.

Con el tiempo entendí que algunas fotografías terminan guardando mucho más de lo que muestran.

La casa olía a almuerzo recién hecho. Tal vez era un sancocho o un sudado; no logro recordarlo con exactitud. Lo que sí recuerdo es esa mezcla de aromas que sólo aparece cuando una familia completa se reúne.

Mi bisabuela estaba sentada en su viejo sillón blanco, curtido y ya pelado por los años. Sobre las piernas tenía una cobija morada. A su alrededor se repartían conversaciones, risas y recuerdos. Todo parecía completamente normal. Primero se acercaron los más pequeños de la familia; luego, los demás.Cuando llegó mi turno, avancé hacia ella y apoyé mi cabeza sobre su regazo.

Entonces ocurrió algo que nunca olvidaré. Comenzó a caer una lluvia de lágrimas sobre mis mejillas; no eran las mías, eran las de ella.

Jamás la había visto llorar.

No sabía si era tristeza, alegría o ambas cosas al mismo tiempo. Solo recuerdo aquel llanto y el silencio que se instaló entre nosotros. Yo no dije nada; simplemente la abracé. Fueron apenas unos segundos que quisiera que hubieran sido eternos. Después de eso, todo continuó como cualquier reunión familiar. Almorzamos, conversamos y nos reímos. La tarde fue cayendo lentamente hasta que llegó el momento de regresar a casa.

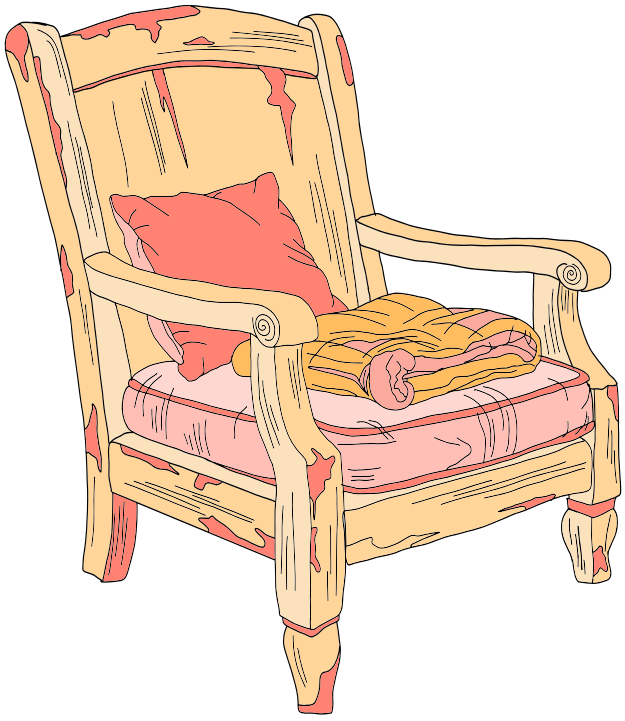
Me acerqué para despedirme.

—Abuela, el otro sábado vuelvo a verla. La quiero mucho.

Me fui convencido de que habría otro sábado.

Como casi todos los seres humanos, creía que el tiempo estaba garantizado.

Esa noche mis papás salieron a una celebración familiar, los grados de un primo, y yo me quedé en casa jugando en el computador. Después me acosté a dormir. Nada parecía diferente. A la mañana siguiente desperté tarde. Había algo extraño. No fui al colegio y nadie había ido



a despertarme. Cerca del mediodía escuché a mi papá entrar a la habitación.

Recuerdo perfectamente su expresión, recuerdo el silencio y recuerdo sus palabras.

—Hijo, la abuelita murió esta madrugada...

Por un instante pensé que había entendido mal. Sé que con eso no se juega, pero les juro que quería que fuera un juego. Sin embargo, la verdad cayó como un baldado de agua fría que me dejó inmóvil.

Horas antes había estado sentado en su regazo. Todavía podía recordar sus manos, sus lágrimas y el abrazo que nos habíamos dado. Yo solo quería volver a verla. Ya me he acostumbrado y ya me parece natural. Ya tenía noventa y ocho años; su pelo estaba teñido de blanco por las canas de los años, y sus manos eran pequeñas y frías, con sus deditos torcidos por el tiempo, pero jamás temblaban cuando se trataba de abrazarnos. Bastaba acercarse a ella para sentir una tranquilidad difícil de explicar, como si durante unos segundos una cobija de calma te envolviera el cuerpo por completo.

Con los años he regresado muchas veces a aquellos recuerdos porque fue entonces cuando empecé a comprender que existen despedidas que reconocemos demasiado tarde.

Todavía no sé responder completamente qué significa la muerte. Tal vez nadie pueda hacerlo. Lo que sí sé es que mi bisabuela sigue apareciendo cada vez que la familia se reúne, cada vez que contamos una historia sobre ella o recordamos alguna de sus ocurrencias.

Entonces entiendo que mi abuela tenía razón. La muerte es esa amistad que odias, pero a la que terminas dándole la razón. Porque nos obliga a aceptar que no todos los sábados están garantizados. Nos enseña que un abrazo puede convertirse en un tesoro y que las personas siguen viviendo mientras permanezcan en nuestros recuerdos.

Hoy prefiero recordar a Libia como realmente era: rodeada de su familia, repartiendo cariño con sus manos frías y torcidas, sonriendo desde su sillón blanco. Porque no quiero que la muerte sea lo último que cuente de ella. Quiero que sea su vida. Y quizá esa sea la única forma que tenemos de ganarle un poco a la muerte: seguir queriendo a quienes ya no podemos abrazar■

Ahora sabemos que el dolor del alma se siente primero en el cuerpo, que puede nacer de improviso, en forma de un repentino desaliento, de un aleteo en el estómago, de náusea, de temblor en las rodillas, de una sensación de ahogo en la garganta, o simplemente de lágrimas calientes que acuden sin llamarlas.

Samantha Giraldo López. Colegio Colombo Francés

¿Soy aquello que olvido?

Dilan Osorio Álvarez | I.E Presbítero Antonio José Bernal Londoño | Grado Décimo
Tallerista: Brunella Angobaldo Pacora

Es 22 de octubre y son las 6:30 a. m. Estoy caminando por el callejón que cruzo a diario. Como de costumbre, veo lo mismo de siempre: casas amontonadas que generan la sensación de vivir en una favela. Además, se diferencian no solo por su estructura, sino también por sus colores: verde menta, azul oscuro y negro. Algunas tienen acabados de baldosa, mientras que otras, las que no están revocadas, llegan a verse más bonitas.

Algunas de esas casas están construidas sobre una ladera. Recuerdo que antes había una cañada llena de agua bastante movediza y brusca. Incluso podía ubicarme fácilmente durante la noche gracias al sonido que producía, tan fuerte como el de un aguacero. Hace cuatro años, cuando cortaron el flujo del agua y comenzaron a aplanar el terreno para construir unas casas altas como un berraco, empecé a extrañar la vista hacia el noroeste. Desde allí podía observar gran parte de Toscana y la autopista. Ahora solo veo las casas y las sombras que proyectan. Creo que es la primera vez que no me gusta una sombra.

Mientras recuerdo aquella vista, continúo el camino pensativo. Cruzo el puente corto de cemento con la mirada al frente hasta llegar a la acera que pasa entre varias casas. Subo un escalón y, a medida que avanzo por la izquierda, el camino se vuelve más estrecho. Procuro no raspar el bolso contra el tejado que sobresale de una de las viviendas.

Giro a la derecha y fijo la vista, como siempre, en un pequeño solar cubierto de pasto algo largo, con diferentes tonalidades de verde claro y oscuro. También hay un árbol mediano, sin hojas y cubierto de enredaderas. El lugar me llama la atención porque, según dicen, hace muchos años había serpientes allí. Quisiera ver una.

Más adelante hay una escalera de caracol negra que conecta con una casa de tres pisos, cuyos acabados son de baldosa negra. Está justo en medio del camino y siento que voy a pegarme un totazo por lo estrecho que resulta pasar entre ella.

En el primer piso de la vivienda noto varios costales y adobes justo debajo de una ventana. Su presencia me desconcierta: no recuerdo haberlos visto el día anterior. Me siento incómodo al encontrarlos allí. Quedo pensativo, pero continúo el recorrido.



Hoy tengo la fortuna de saludar al señor Hitler. Es delgado, de tamaño mediano y de pelaje blanco, con algunas manchas negras.

Acaricio al gato gris con franjas similares a las de un tigre. A veces también acaricio a una gata pequeña, parecida al otro felino. Aparenta tener menos de seis meses, lleva un collar rojo y se llama Luna. Creo que ambos se toman el trabajo de dejarse acariciar por mí; lo más seguro es que esté idealizando esos momentos. Me he convencido de tener una conexión con los gatos de este camino, pero me está haciendo mal personificarlos.

Como Luna no está, saludo al otro gato y me dirijo hacia la esquina del camino, donde encuentro las escaleras. Hoy tengo la fortuna de saludar al señor Hitler. Es delgado, de tamaño mediano y de pelaje blanco, con algunas manchas negras. La que más destaca está en la trufa: se extiende hacia el lado izquierdo y tiene forma de bigote. Precisamente por esa mancha le puse aquel apodo.

Después de acariciar al gato dictador, que a veces huye de mí, termino de bajar las escaleras y camino por la cuadra de abajo, que conecta con el callejón donde vivo. Es una cuadra amplia, pero la gran cantidad de ventanas de las casas me hace sentir muy observado. Esa sensación me encierra y, aunque suene exagerado, me hace darle demasiadas vueltas a mi físico. De pronto, prestar atención a mi alrededor se convierte en un juicio. Justo sucede lo que sabía que iba a suceder...

—¡Qué cuadra tan maluca! —digo con incomodidad.

No me gusta sentir las miradas de las personas que están despiertas a esa hora. Quizás sea por el estado en el que me encuentro, pero siento que me están juzgando. Empiezo a caminar cada vez más rápido, huyendo de esas miradas, hasta llegar a las escaleras que conectan con la siguiente cuadra. A un lado hay un contenedor de basura grande, de esos que tienen ruedas. Además, justo antes de comenzar a bajar, suele haber charcos. Debe ser una trampa para evitar que llegue temprano.

Me siento un poco mejor y empiezo a descender por las escaleras, que tienen una pequeña montaña a un lado. Allí suelo ver un gato naranja que se acerca con mucha confianza cuando me encuentra. Como de costumbre, le doy unas palmaditas suaves en la cabeza y él se queda recibiéndolas.

En ese momento comienzo a sentir que he olvidado algo. También quiero regresar a mi casa porque empiezo a desconfiar de mí mismo. Siento que no llevo la pañoleta, así que utilizo el vidrio de la puerta de una casa, ubicada frente al final de las escaleras, para comprobar que sí la tengo puesta. También me gusta asegurarme de que esté exactamente como me la acomodé antes de salir. No me sirve tocarme la cabeza y sentir la pañoleta; eso me parece insuficiente.

Una vez que consigo calmarme, decido continuar el camino porque me gusta esforzarme por no faltar cuando tengo media técnica, mi clase favorita.



Ilustración: Estefanía Montoya

Al cruzar el puente inclinado, comienzo a percibir el olor que desprende la suciedad de las cañadas. Es intenso y me recuerda al de un MetroSalud mezclado con comida podrida. A pesar de eso, me conformo con ese olor y no me incomoda. Lo que sí me haría sentir incómodo sería que, después de dos años cruzando por aquí cuando tengo clase, comenzara a desaparecer. Sería tan extraño no percibirlo que incluso cambiaría mi camino por el fastidio que me produciría su ausencia.

Al salir de este tramo, recuerdo algunas cosas que había olvidado. Ya es costumbre distraerme constantemente y olvidar casi de inmediato cosas que, en teoría, son simples de recordar. Bueno, «simples». He intentado muchas cosas para fortalecer mi memoria, pero cada vez me decepciona más comprobar que ni siquiera la constancia parece suficiente. A pesar de mis esfuerzos, siento que terminaré decayendo y convenciéndome de que nada va a cambiar; que, más bien, esto es «inherente» a mí.

A pesar del aburrimiento y de un poco de estrés, llego al final de este recorrido con una preocupación más: no quiero continuar el camino. Tengo ganas de llorar y estoy convencido de que será un día malo. Hasta mi cuerpo comienza a resentirlo: estoy sudando y siento ansiedad. Ojalá esos síntomas sean suficientes para desmayarme y pasar el día tirado en el suelo, porque ya no soy capaz de moverme. Ya dejé lo verriondo hasta acá.

—Yo creo que está mejor irme pa' la casa —digo con inseguridad, mientras tomo la decisión contraria a mis propias palabras.

Entonces sigo hacia el colegio, frotando mis manos contra el saco para quitarme el sudor. Al menos eso puedo solucionarlo. Ojalá el resto del día fuera igual de sencillo■

Un hombre ahí sentado

Gina Nicole Caetano Diez | I.E Jorge Eliecer Gaitán | Grado Décimo
Tallerista: Brunella Angobaldo Pacora



Ilustración: Valeria Ávila

Hay un hombre sentado ahí. Casi siempre ocupa el mismo lugar, acostado en su cama, con el televisor prendido y un partido de fútbol de fondo. Lleva una chaqueta que parece no abandonar nunca, incluso cuando hace un calor de los mil demonios. Tiene horarios muy definidos para comer, un gusto especial por el pan y una manera de hablar tan fuerte que a veces parece que estuviera regañando.

En la casa lo conocen como don Jean. Es francés, muy alto, de cabello canoso, ojos hermosos y una nariz grande que le da un toque de elegancia. Tiene una rara costumbre: depilarse las cejas hasta borrarlas de su rostro. Siempre lleva una camisa de botones con un bolsillo donde guarda su vaporizador. Además, es medio sordo, así que puede parecer que está regañando a todo el mundo, aunque solo esté diciendo cualquier cosa.

Si por él fuera, en esta casa nunca faltaría el pan. Le encanta acompañarlo con su mermelada favorita y un queso azul que, para ser sincera, huele horrible. Todavía no entiendo cómo puede comérselo tan tranquilo. Antes de dormir dice «Bonne nuit, pitchounette» y, cuando le muestran una pintura o le cuentan que hicieron algo bien, aunque sea simplemente limpiar un cuarto, regala un «¡bravo!» lleno de entusiasmo. Puede parecer poca cosa, pero es bonito encontrar a alguien que celebre hasta los logros más pequeños.

Hubo una época en la que la casa sonaba a rancheras. Don Jean las ponía a todo volumen mientras jugaba en el computador y repetía las mismas canciones una y otra vez, como un disco rayado. Me encantaba pasar a su lado y verlo mover el pie al ritmo de la música. Si te soy sincera, estoy segura de que no entendía ni la mitad de lo que decían esas letras, pero aun así las disfrutaba con pasión. Después dejó de escucharlas, y esa escena tan cotidiana empezó a hacerme falta.

Pero don Jean no siempre estuvo sentado frente a un televisor. Nació el 2 de septiembre de 1941 en Châteauroux, Francia. Fue uno de los doce hijos de Amaro, un carpintero de origen portugués, e Irene, de origen español, quien era ama de casa y cuidaba de su hogar y de sus hijos. La familia tenía pocos recursos, pero recibía subsidios y una ayuda familiar para sostenerse. Mi abuelo fabricaba camarotes para que todos pudieran dormir, y mi abuela recibió una medalla de oro por haber tenido doce hijos. ¡Doce! No me imagino lo que sería sacar adelante a tantos.

A los doce años comenzó a entrenar en la Estrella de Notre-Dame, un club deportivo donde practicaba gimnasia, jugaba fútbol y también ping-pong. Continuó allí hasta los dieciocho años. Después estudió Aeronáutica y trabajó durante cuarenta años en la industria aeroespacial francesa como mecánico de aviones y cohetes. Incluso participó en sus pruebas. También apareció en periódicos: primero por un campeonato de fútbol, después por su trabajo y, años más tarde, por un campeonato de tarot, un juego de cartas popular en Francia. Se nota que a don Jean le encantaba aparecer en los periódicos. A veces

me pregunto cuántas versiones de él deben existir en los recuerdos de otras personas.

Pero hay una historia que cambió su rumbo: la de Lindelia. Se conocieron en Francia, en 1991. Ella trabajaba como mesera en un restaurante al que don Jean empezó a ir con frecuencia porque le había encantado. Aunque él ya había formado una familia con María Teresa y había tenido dos hijos, Olivier y Nina, su matrimonio atravesaba dificultades. Comenzó a conquistarla con cartas, chocolates y regalos.

La vida los llevó por caminos distintos. Lindelia regresó a Medellín y, más adelante, se casó con otro hombre. Después de vivir una etapa dolorosa, volvió a buscar a Jean. En 1995 se reencontraron y su historia tuvo otra oportunidad. Don Jean inició los trámites del divorcio y dejó Francia para comenzar una nueva vida junto a ella en Colombia.

Vivieron juntos durante diez años, hasta que se casaron en 2005. Para entonces, el hijo menor de Lindelia ya tenía dos añitos. Pero la boda tenía un significado especial: el padre de Lindelia tenía cáncer terminal y deseaba ver a su hija casada. Los dos quisieron cumplirle ese último deseo.

Cuando le pregunté cuál había sido el momento más duro de su vida, me habló de Nina, murió de leucemia, no tuve la oportunidad de conocerla. Me dijo que su muerte había dejado un vacío enorme, que pasó noches terribles y que incluso llegó a cuestionarse la existencia de Dios. No puedo imaginar lo que significa perder a una hija. Escucharlo me hizo entender que hay heridas que uno no alcanza a ver desde afuera.

También le pregunté qué extrañaba de Francia. Me dijo que a su familia, especialmente a sus hermanos, a quienes extraña muchísimo. Perdió sus números de teléfono y no los llama. Incluso si los tuviera, le daría miedo hacerlo y enterarse de noticias trágicas, como la muerte de alguno de ellos. Eso le dolería mucho. Cuando le pregunté por algún recuerdo especial con ellos, no logró contarme uno en particular.

A veces me dan ganas de meterme en su cabeza y descubrir qué recuerda, qué ha olvidado y qué imágenes aparecen cuando piensa en sus hermanos. ¡A los 85 años deben ser tantas cosas! Tantas voces, tantos días y tantas personas que formaron parte de su vida, que a mis cortos quince años se me hace imposible imaginarlo.

Escucharlo me hizo entender que hay heridas que uno no alcanza a ver desde afuera.

Y después de conocer todas estas historias, vuelvo a encontrarlo en el mismo lugar: sentado en su cama, con el televisor prendido y pendiente de su partido. Sigue siendo el hombre de la chaqueta en pleno calor, el del queso que huele espantoso y el que celebra las pequeñas victorias. Pero ahora sé que también es el niño que creció entre doce hermanos, el deportista, el trabajador, el padre que sufrió una pérdida que le cambió la vida y el hombre que cruzó el océano por amor.

Ese hombre sentado ahí es don Jean. Es mi papá. Y Lindelia, la mujer de la que se enamoró en Francia, es mi mamá.

Yo creía conocerlo porque lo veía todos los días. Ahora entiendo que verlo no siempre es lo mismo que detenerse a mirarlo. Y aunque lo he visto durante toda mi vida, apenas estoy empezando a conocerlo■

Al conocer las historias de ellas, trato de comprender que mi infancia no borra las dificultades que vivieron, así como sus experiencias tampoco determinan por completo quién soy y quiénes son ellas. Cada generación hereda algo de la anterior, pero también veo que pueden cambiar muchas cosas. Sofía Gutiérrez Cataño.
Escuela Normal Superior de Medellín

El reverso de una despedida

Salomé Gutiérrez Villegas | I.E. Empresarial | Grado Undécimo
Tallerista: Sofía Ballesteros Díaz

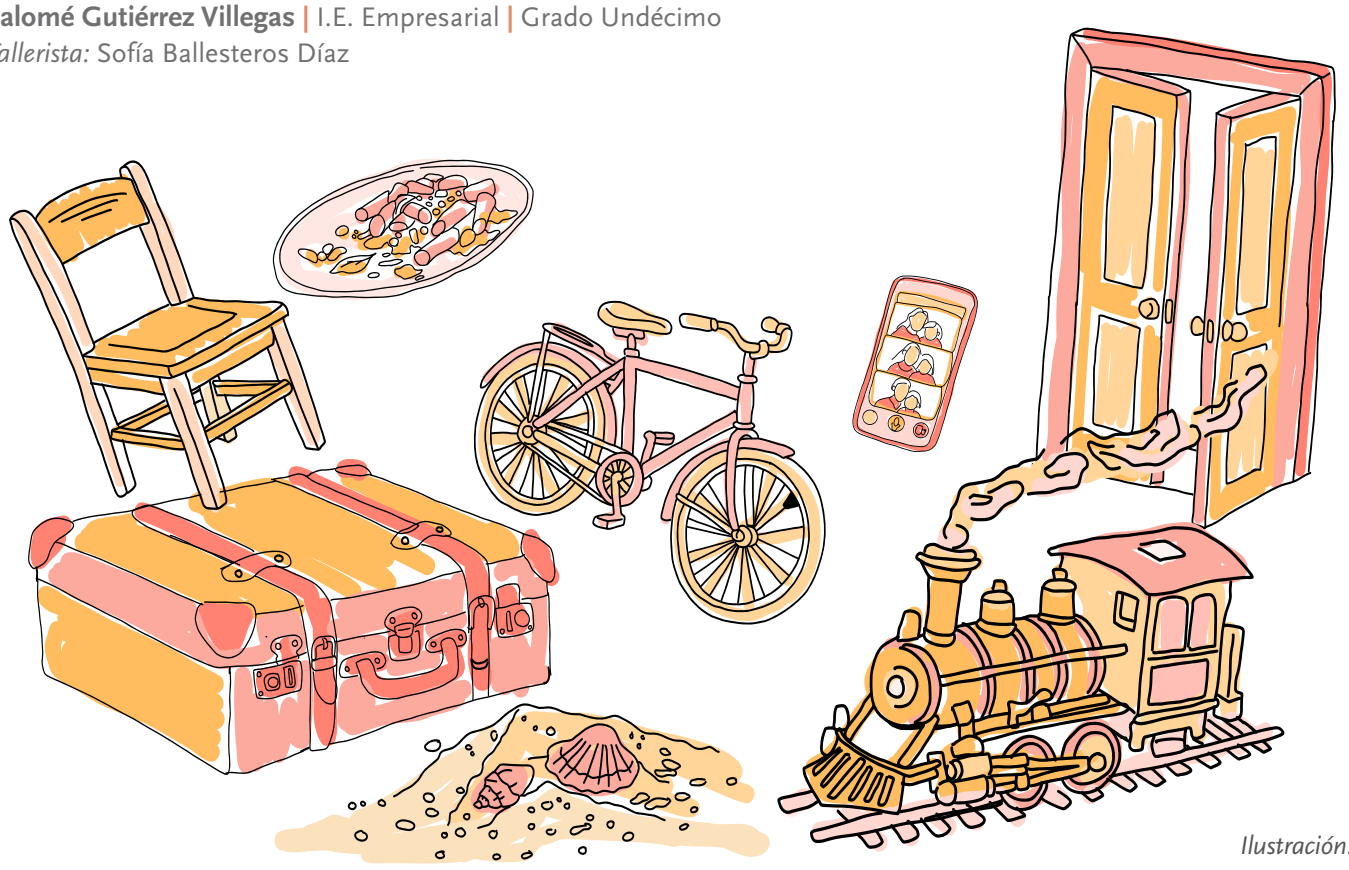


Ilustración:
Estefanía Montoya

"Cuando migramos, dejamos atrás una porción de tierra y, quizás, nuestro refugio seguro, nuestra razón de ser: el hogar".

Leoni, mi padre, es un hombre de tez morena, reservado a su manera, de altura discreta y de imponente presencia. Tiene el cabello plateado y la mirada color miel. En 2023, a sus 54 años, migró a Tel Aviv, Israel. La experiencia le enseñó muchas cosas, aunque algunas fueron difíciles de aprender. A veces solo quería correr a casa y ya no podía. Extrañaba su comida, su familia y la paz que sentía en su hogar.

Tenía que seguir en un país desconocido, lejos de casa. Por desgracia, hay cosas que nadie nos enseña y que, tarde o temprano, debemos aprender para sobrevivir. Él lo confirmó al enfrentarse a una nueva cultura, a un idioma que le costaba aprender y a humillaciones sólo por sus raíces.

Mi padre tuvo que aprender a valerse más por sí mismo. Lejos de su compañera de vida, que le hacía los días más ligeros, volvió a hacer cosas que no hacía desde hacía mucho tiempo. Después de un día agotador de trabajo, llegaba a cocinar, a lavar su ropa y a limpiar esa casa que no consideraba su hogar. La vida se le hizo más difícil y solitaria. Cuando los días pesaban más, caminaba hacia la playa, lloraba y exorcizaba sus angustias. Llamaba a mi mamá, su lugar estable. La distancia pudo haberlos separado, pero se encontraron en la lejanía y eso los mantuvo en pie.

En el tren que tomaba para ir al trabajo, recordaba con nostalgia su tierra natal. Pensaba en las veces que iba a trabajar en Colombia, el lugar que había tenido que dejar por falta de oportunidades. Recostaba la cabeza en el vidrio, miraba los edificios tan diferentes a los nuestros y se preguntaba: "¿Qué hago aquí?". A la edad en

que sentía que ya debía empezar a descansar, se veía obligado a seguir trabajando. "Por tu futuro y por el de tu madre", me dijo en algún momento. Se sentía inútil por no poder acompañarnos. Se sentía prisionero en tierras extrañas y quería recuperar la libertad que sentía en su país, pero para él ya no había marcha atrás.

Poco después de que llegara, estalló la guerra. Mi padre me contó que algunas madrugadas lo despertaba una alarma y tenía que correr a resguardarse en un búnker. Fueron días de mucha incertidumbre para mi mamá y para mí.

Él entendió que el hogar está en las personas que ama y que el dinero y las cosas materiales muchas veces no alcanzan para darle al corazón lo que necesita.

Un día, cuando iba en bicicleta hacia donde se hospedaba, vio cómo el cielo se iluminaba poco a poco. Vio que se acercaban misiles. Pensó que no pasaría nada y lo primero que hizo fue grabar para mostrarnos lo que estaba viendo. Cuando vio que uno de los misiles se acercaba, agarró la bicicleta y pedaleó lo más rápido que pudo. A su alrededor, la gente gritaba cosas que él no lograba entender. Finalmente encontró un búnker y se resguardó allí.

Los minutos se hicieron eternos. Al salir, agarró su bicicleta y siguió su camino. Vio que muchos edificios a su alrededor tenían daños. Ahí entendió lo que significaba vivir en el lugar donde pensaba pasar varios años. Jamás imaginó ver algo así. Sentía que no podía devolverse y que tenía que asumir su decisión.

Ante mis ojos siempre procuró ser fuerte. Le costaba dejar entrever sus fragilidades y, a veces, parecía que ni él mismo se permitía sentirlas. Aunque llevaba la angustia y el miedo por dentro, prefería guardar sus tormentas en silencio. Después de regresar a casa, a nuestra casa, se abrió conmigo y me dijo: "Salomé, mirar de frente la guerra cambia algo en ti que jamás podrás olvidar, ni mucho menos explicar".

Su ausencia empezó en el momento en que se cerró la maleta. Desde entonces, los días continuaron, pero ya no eran los mismos. Había una silla vacía, celebraciones en las que hacía falta su voz y conversaciones que dependían de una pantalla y de la diferencia horaria. La distancia se volvió parte de la rutina. Cuando alguien se va del país, también cambia la vida de quienes se quedan, de quienes aprenden a extrañar y a seguir adelante.

Mi padre decidió volver en 2025. Esos dos años le sirvieron (nos sirvieron) para darnos cuenta de lo que valía estar juntos. Él entendió que el hogar está en las personas que ama y que el dinero y las cosas materiales muchas veces no alcanzan para darle al corazón lo que necesita.

Después de tantas horas de vuelo y de la angustia de esperar a que cruzara la puerta de llegadas, por fin pudimos abrazarnos. Éramos los mismos de siempre, aunque la vida ya nos había hecho distintos. Lo más importante era que estábamos juntos otra vez, que volvimos a ser hogar.

Mi papá fue y sigue siendo un hombre valiente que hace todo por ver a su familia estable y en paz. A veces se le olvidaba la razón de su sacrificio, pero conservaba una ilusión: descansar y ser feliz a nuestro lado. Éramos ese lugar al que podía acudir cuando se sentía solo. Aunque estaba lejos, siempre fuimos su refugio■

Lo que llevo como experiencia me hace entender que a los adultos no hay que verlos solamente como ejemplos a seguir, sino como personas que están aprendiendo a vivir, que se equivocan y que muchas veces no toman las decisiones correctas.

Violeta Muñoz Jiménez. I.E.Carlos Vieco Ortiz

Mi barrio, luego existo

Thomas David Ruiz Osorio | I.E. Empresarial | Grado Undécimo
Tallerista: Sofía Ballesteros Díaz



Ilustración:
Estefanía Montoya

La gente dice que los barrios te definen, pues tú vienes de barrio y morirás en un barrio. Te ha afectado la violencia del barrio. Tú eres barrio. Yo creo que esto es cierto. Conocer, entender y aceptar nuestra historia es parte de la experiencia humana. Pero también importa saber cómo nuestro lugar de origen participa en lo que nos define.

Mi familia siempre ha vivido en este barrio, o al menos desde 1990. Mi madre, mis tíos y mis primas nacieron y viven aquí. Durante mis primeros años en este mundo, todo se reducía a esta acera, a esta cuadra, a esta calle. Todos los días, al igual que montones de personas que han habitado aquí durante aquella primera etapa de la vida, hijos del barrio, salíamos a jugar, a compartir este espacio y a conocer a otros niños.

Yo tenía un espacio especial en este barrio, una zona llena de árboles. No era un bosque. Era simplemente una pequeña zona verde al lado de la casa de uno de mis primeros amigos. Allí había un óvalo natural, una pequeña extensión de hierba cubierta por árboles, algunos bastante viejos. Se escuchaba la quebrada que estaba cerca.

Nos encantaba jugar en ese lugar, aunque estaba lleno de muebles viejos y abandonados que aún se pudren entre la hierba. Nunca supimos a quién habían pertenecido. No teníamos forma de averiguarlo y probablemente nunca lo sabremos. Son objetos degradándose bajo los árboles. Pero recuerdos que no desaparecerán por completo en la mente de alguien.

Nuestro barrio es de estructura sencilla, pero se hace acogedor. Está construido alrededor de una calle bastante desgastada que se extiende hasta la parte superior del corregimiento de San Antonio de Prado. Está dividido en varias cuadras. Desde la calle principal se pueden divisar comercios como supermercados donde la gente todos los días sale a conseguir víveres básicos, tiendas de comida rápida que se llenan de música durante la noche y un bar recién construido, donde los aficionados se reúnen a ver fútbol.

Tenemos una rutina sencilla y establecida. En la mañana, en la tarde y en la noche hay música, unas veces muy fuerte y otras, apenas audible. No hay ni un sólo momento sin ruido, ya sea por los niños que juegan en la acera, los carros que pasan por la calle o el chismoseo entre los vecinos. También queda el recuerdo de las balas, un sonido del que me han hablado. No hay ni un momento de

silencio, a excepción de cuando todos sabemos que algo malo está a punto de pasar.

Es curioso investigar sobre la creación de un barrio. Algunos parecen haber estado ahí desde siempre. Otros, como éste que me esmero en compartir, nacen producto de un proyecto de reubicación. A finales de los años ochenta y principios de la década de los noventa, un proyecto de este tipo apareció de la mano de la extinta CORVIDE, que impulsó la construcción de 1.100 viviendas en este terreno que, en otro tiempo, perteneció a una finca, con el propósito de trasladar allí a cientos de personas y familias que provenían de otros sectores de nuestra ciudad.

Algunas personas habían adquirido terrenos en sus barrios de origen sin saber que estaban en zonas vulnerables. Otros ya habían sufrido las peores consecuencias. Y sencillamente, verá usted, el Gobierno había aprobado proyectos de construcción en lugares que no se habían evaluado con rigurosidad y resultaron ser también zonas de alto riesgo. Fue entonces la manera de reconocer la responsabilidad estatal e intentar responder a un problema que habría puesto en riesgo la vida de sus habitantes.

Y así nació nuestro barrio, un proyecto público. Los reubicados pronto lideraron la construcción de su comunidad. Se alzaron parroquias, el CAI, se levantaron negocios y se construyó una acera. Algunas casas pasaron de tener un sólo piso a tener cuatro. Aparecieron supermercados que satisficieron durante décadas las necesidades de los habitantes del barrio.

Recuerdo un minimercado en la esquina de mi casa y a la señora que lo atendía. Es curioso lo mucho, pero a la vez poco, que llegamos a conocer los lugares que habitamos. Aquella señora tenía un estatus de leyenda. En las calles se contaba cómo, alrededor de 1996, un ladrón entró a su local y le dio cuatro tiros, disparos que no terminaron con su historia.

¿Cómo terminó entonces tal señora? Se enfermó de Alzhéimer y poco a poco aquella fuerte mujer dejó de ser la misma que todos reconocían detrás del mostrador. Es curioso que yo sólo llegase a conocer su historia un día antes de su muerte.

Espero que el lector sea consciente del panorama colombiano de la década de los noventa. Pudieron capturar al capo, sí, pero las calles no dejaron de estar hostigadas por la violencia y las drogas. ¡Y mi barrio para nada era ajeno a eso! Familiares y amigos a quienes apenas reconozco en las fiestas siempre cuentan historias sobre cómo conocidos, o conocidos de conocidos, eran asesinados en nuestras calles por alguna pandilla local. En esos relatos, las muertes eran diarias.

¿Qué sucede con quienes deben seguir viviendo sobre aquellas memorias, aquellas calles?

Las calles en las que camino muchas veces estuvieron cubiertas de sangre, sangre de venganza, sangre inocente, sangre de personas que un día se despertaron y salieron de sus casas sin saber que no iban a regresar. Me pregunto cuánto tardaron en lavar la sangre. ¿Qué pasó con las familias de aquellos jóvenes desafortunados? Las familias no desaparecen y la sangre no se termina de limpiar. Pero ¿Qué sucede con quienes deben seguir viviendo sobre aquellas memorias, aquellas calles? Mantener vivas esas historias implica decidir qué partes del pasado queremos compartir a los niños y jóvenes que vienen después.

Yo, que entiendo el mundo a través de mi calle, aún me pregunto qué me dejaron estas lecciones, si las historias de violencia que oía en las fiestas me enseñaron algo. Miro los colores de mi acera. No hay sangre, aunque sé que alguna vez estuvo allí. No hay grises. Lo que se escucha es la música a todo volumen de mis vecinos. Los niños siguen jugando y gritando. El barrio continúa y las personas siguen con sus vidas.

Algunos, como yo, llegamos mucho después de esos días; otros llevan aquí tanto tiempo que difícilmente piensan en lo que el barrio fue alguna vez. Me pregunto qué saben de lo que ocurrió bajo sus pies, en qué momento piensan en aquellas historias que heredaron, en qué momento deciden contar esas historias. Yo también nací aquí. Yo también aprendí a conocer el mundo desde mi acera, esta cuadra, esta calle. Y no sé cuánto de lo que hoy soy y de lo que seré, pertenece a este lugar■

Una llamada para volver

Judexis Valentina Bordonez Barrios | I.E María Josefa Escobar | Grado Décimo
Tallerista: Sofía Ballesteros Díaz

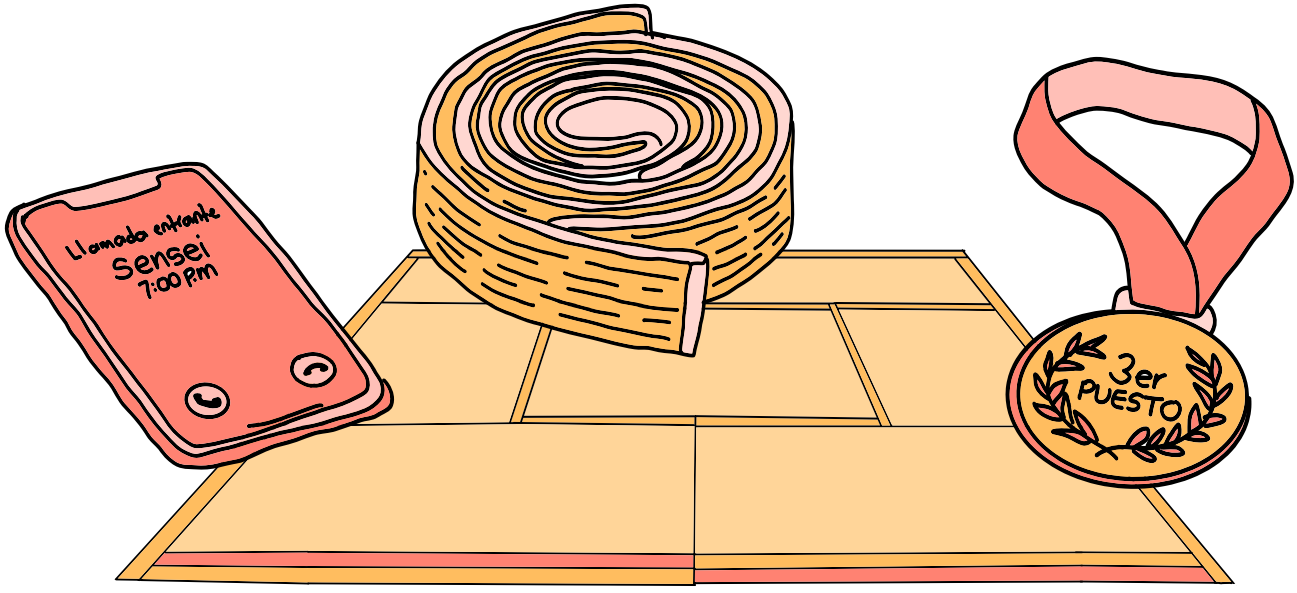


Ilustración: Estefanía Montoya

Desde que Valentina tenía unos cinco años, sabía que quería practicar karate. Sus padres también habían practicado este deporte. Aunque les gustaba, se oponían a que ella lo hiciera porque conocían sus riesgos. Su mamá se había lesionado durante la práctica y atribuía a los golpes los quistes que le habían aparecido en los senos. Además, sus padres recordaban que su antiguo sensei, quien les enseñaba en Tocuyito, Venezuela, tenía problemas de memoria y a veces hablaba de manera incoherente. Temían que a su hija le sucediera algo parecido.

A pesar de eso, ella seguía queriendo practicar karate y su oportunidad llegó en marzo de 2023, cuando tenía trece años. Su hermana le contó que había visto clases de karate en El Cubo, un centro deportivo de Itagüí. Unos días después, el 23 de marzo, Valentina fue por su cuenta y se inscribió sin permiso.

En su primer entrenamiento le enseñaron un kata, una secuencia de movimientos que simula un combate. Estaba confundida porque no entendía lo que hacía. Ese mismo día vio a uno de los mejores karatecas ejecutar un kata que ella apodó "la mata cucarachas". Le impresionó cada movimiento. Cuando llegó a casa, le preguntó a su mamá si lo conocía. Para su sorpresa, su mamá lo hizo igual que el joven. Después empezó a enseñarle técnicas y, a veces, subían todos juntos a la montaña para practicar. Esos momentos le permitieron conocer una parte de su mamá que nunca había visto.

El karate empezó a ocupar un lugar importante en su vida. Disfrutaba entrenar, aprender y compartir con sus compañeros. El 13 de agosto de 2023, un día antes de su cumpleaños, participó en su primera competencia y obtuvo el tercer puesto en la categoría de menos de 53 kilos. Más adelante consiguió otro tercer puesto en Caldas. En 2024 fue campeona de kata en la Universidad de Medellín y obtuvo otros resultados en un festival en El Poblado. Con el tiempo, llegó al cinturón azul.

A comienzos de 2024, El Cubo cerró y Valentina tuvo que seguir entrenando con otro sensei en el polideportivo. Ese mismo año, el grupo pasó a entrenar en el Inder, cerca del Éxito de Itagüí. Aunque el trayecto era largo, siguió yendo porque

el karate ya era una parte fundamental de su vida.

En 2025, las cosas empezaron a cambiar. Llegaba a las competencias con ganas de demostrar lo que había aprendido, pero los resultados no eran los que esperaba. En combate podía empezar ganando y terminar perdiendo. Participó en más de cinco competencias sin conseguir una medalla. Cada derrota le producía frustración y tristeza. Empezó a compararse con otros deportistas y a sentirse inferior, como si los resultados de los demás demostraran que su nivel no era suficiente.

Cada derrota le producía frustración y tristeza. Empezó a compararse con otros deportistas y a sentirse inferior, como si los resultados de los demás demostraran que su nivel no era suficiente.

Para ella, su valor como persona iba más allá de una medalla. Ganarla era una manera de demostrarse que podía lograr lo que se proponía. Por eso le dolía tanto quedarse sin una. Aun así, seguía teniendo ganas de entrenar y de superar su bloqueo deportivo.

En 2026 volvió a prepararse para los Juegos Intercolegiados, en los que había participado durante cuatro años consecutivos. Llevaba más de un año preparándose y se sentía mentalmente lista para competir. Los juegos se realizaron en Girardota. Su contrincante era una buena deportista y el encuentro no salió como Valentina esperaba. Perdió el primer combate y luego tuvo otra oportunidad de conseguir el bronce. Esa vez estuvo cerca, pero perdió, en el último segundo, por un error propio.

Lo que más le dolió fue decepcionarse a sí misma. Había entrenado durante mucho tiempo para conseguir un resultado diferente. Además, era la última competidora de su equipo ese día y sentía que los demás esperaban que le fuera bien. Como el equipo tampoco había obtenido los resultados que esperaba, se quedó con la sensación de haberlos decepcionado.

Cuando terminó el combate, Majo y Elizabeth se acercaron a abrazarla. Estaba tan frustrada que las empujó y se fue al baño. En ese momento no quería hablar con nadie. El sensei también estaba muy enojado. Valentina regresó a Itagüí alrededor de las cinco de la tarde, pensando que quizá debía dejar de competir. Sentía que ya había intentado lo suficiente, que tal vez ese deporte no era para ella y que, después de tantos años de esfuerzo, había perdido el tiempo.

Pasaron casi cuatro semanas sin que entrenara. Entonces, un miércoles, recibió una llamada de su sensei. Le extrañó que la buscara después de tanto tiempo.

—Juxis, ¿por qué no has vuelto? ¿Todo bien en casa? —le preguntó.

—Sensei, la verdad me siento muy decepcionada de mí misma. Yo esperaba dar más de mí. Quería demostrar que soy buena kumitera, que todo lo que hago sí vale la pena.

Valentina se refería al kumite, la modalidad de combate del karate. Su sensei le dijo que una competencia no definía su futuro como deportista y que la esperaba a las siete de la noche.

—Oss, sensei —respondió ella.

Para Valentina, “oss” puede significar “sí”, “entiendo” o “lo haré”. También es una forma de mostrar respeto a quien lleva el uniforme.

Ese mismo miércoles regresó al entrenamiento con una sensación extraña en el pecho. Se sintió feliz porque extrañaba entrenar. Cuando su sensei la recibió con los brazos abiertos, volvió a sentir que estaba en casa. Después de casi un mes de ausencia, volvía a su lugar seguro■

Intentar vivir sin instrucciones y sin manual y sentir que todo tu pequeño mundo se te viene encima cada diez minutos está muy lejos de la perfección.
Luciana Muñoz Márquez. Colegio Marymount

Constelaciones para un cumpleaños

Isabela Lara Correa | Colegio San Ignacio de Loyola | Grado Noveno
Tallerista: Hannah Lopera Builes



Ilustración: Estefanía Montoya

Desde el momento en que el médico obstetra te sacó del útero de tu madre, examinó tu anatomía y apuntó una "F" en la casilla de 'sexo' del registro civil, sentenció, quizás sin saberlo, el resto de tu existencia a vivir bajo la constante presión de cumplir las expectativas de la sociedad, antes de que tú, también sin saberlo, lograras siquiera pronunciar tu primera palabra.

Aquella era la imagen mental con la que mi yo de 10 años se mortificaba, a la vez que soplaba la decena de velas de su pastel de cumpleaños.

"En 5 años, me convertiré en una mujer", me repetía a mí misma. Eso era lo que creía, o al menos, lo que interioricé después de escucharlo muchas veces.

Sin embargo, a mí nunca me terminó de entrar esa idea. ¿Es que acaso en la víspera de mi decimoquinto año de vida, repentinamente me mordería una araña con estrógenos y finalmente me convertiría en mujer? Y entonces, ¿La tarjeta de identidad que saqué a los siete años había mentido al marcar "F" en la casilla de 'sexo', donde establecía que yo ya lo era?

Cada cuestionamiento hacía sufrir a mi mente, sobrecargándola de responsabilidades que aún no entendía cómo cumplir. Además, en cada reunión familiar, salida con amigos o sencillamente una interacción social, siempre me hacían una pregunta que ponía la cereza del pastel de la ansiedad: ¿Vas a hacer fiesta o viaje?

Y honestamente, me parecía extremadamente banal que mi mayor preocupación en aquel entonces fuera ese privilegiado dilema. Quizás tanta angustia me nublaba la mente como para entender que, de trasfondo, toda esta situación significaba lo afortunada que había sido y lo mucho que tenía por agradecer. Sin embargo, la intranquilidad me desvelaba.

Cada noche, mientras miraba las estrellas desde la ventana en mi habitación, trataba de decidir cómo optaría por celebrar ese día tan especial. Las constelaciones iluminaban la oscuridad y callaban los murmullos de mi confusión. Comencé a trazar en ellas el camino a la claridad, mientras recordaba y, a la vez, entendía cada ocasión en que a mi papá le brillaban los ojos cuando miraba al cielo apagado, a la par que expresaba lo mucho que deseaba presenciar la Vía Láctea.

Pasaron horas, días y meses. Mi estatura aumentaba, los zapatos me comenzaban a quedar pequeños, mi pelo crecía, mis piernas se

alargaban, mis dientes se alineaban y ya no cabía en ese armario donde me escondía en bolita. Cada año, en mi torta de chocolate había una vela más por soplar, lo que me hacía particularmente consciente de que la cuenta regresiva se iba acercando a su final.

Muchas cosas habían cambiado, pero en el fondo yo me seguía sintiendo como esa preadolescente asustada de cumplir sus primeros dos dígitos. Esa versión de mí seguía siendo la del presente, y la misma duda seguía revolviéndome el estómago, con la diferencia de que, para ese momento, faltaban 364 días para la gran fecha. Verdaderamente, ¿Cuándo me sentiría como una mujer?, ¿Cómo sabría si era merecedora de ser llamada como tal?, ¿Los demás percibirían cuándo ya lo fuera?

Mientras trataba de pensar en otra cosa, volvía la dichosa pregunta: ¿Vas a hacer viaje o fiesta? Todas las mujeres a mi alrededor trataban de aconsejarme, pero solo lograban confundirme más. Algunas decían: "Yo hice viaje y me arrepentí toda la vida, debí haber hecho fiesta, solo se cumple XV una vez en la vida". A lo que yo respondía mentalmente: "Sí, al igual que solo cumples 6, 10 o 35 una vez en la vida". Y después estaban las que mencionaban exactamente lo contrario: "Yo hice fiesta y, sinceramente, no la pude disfrutar por tanto estrés que implica planearla. ¿Cómo vas a gastar tanta plata en una noche, sabiendo que en realidad solo la terminan disfrutando los invitados?".

¿Es que acaso en la víspera de mi decimoquinto año de vida, repentinamente me mordería una araña con estrógenos y finalmente me convertiría en mujer?

Durante ese año, en familia hicimos varios viajes en carretera, buscando el lugar y la fecha perfecta para poder ser testigos de la inexplicable perfección de nuestra galaxia. Nunca lo logramos. Estuvimos bastante cerca en varias ocasiones, a pesar de que nunca conseguíamos más que un hermoso cielo lleno de destellos. De todas maneras, mi papá nunca perdió la motivación, y yo ya conocía su modus operandi. Mi deseo no era conocer la Vía Láctea, mi deseo era ver a mi papá tan feliz. Precisamente por ello, un día cualquiera de febrero, casi automáticamente, desperté con profunda certeza acerca de lo que quería decidir: el viaje. Así que, después de no pensarlo por mucho más tiempo, les comenté a mis papás que quería ir a Finlandia para celebrar mis XV.

Para el 23 de diciembre ya nos encontrábamos en el Polo Norte, en la ciudad de Rovaniemi, donde la Villa de Santa Claus expelía una magia nostálgica que nos afectaba a todos. La idea era ir a las afueras de la ciudad, para huir de la contaminación lumínica y lograr observar aquel fenómeno atmosférico. Durante dos horas anduvimos en los vehículos, deteniéndonos en varios lugares, tratando de contemplar con más detenimiento el cielo que nos cubría, esperando que repentinamente apareciera una aurora boreal, pero no aparecía nada.

En un momento miré para arriba, agradeciéndole al destino por haberme otorgado tantas felicidades. Una lágrima, que rápidamente se congeló, salió de mi ojo. Pronto los volví a abrir y, mientras los demás presentes estaban concentrados en la carretera para iniciar la marcha, yo estaba sin palabras mientras admiraba cómo se dibujaba una juguetona línea verde en la oscuridad. Una vez más, le agradecí al destino y procedí a gritarles a todos que apagaran las motos y miraran al cielo.

Y en ese momento, me di cuenta de que todas las preocupaciones que por tanto tiempo me agobiaron no comprendían la infinidad de caminos y rumbos que yo, como mujer y ser humano, podía tomar. Entendí que ninguna tarjeta o documento lograría definir todo lo que estoy destinada a ser. Que ningún prejuicio va a llenarme de tanta dicha como lo hace la felicidad de mis seres queridos y que la única oportunidad que tengo de vivir mi efímera existencia no la puedo desperdiciar condicionándola por la cantidad de velas que haya en la torta, sino por la rapidez con la que se me puede acabar.

Me atreví entonces a bajar la mirada, con la única intención de poder ver mi sueño. Mi papá seguía enfocado en el impresionante remolino de colores encima de nosotros, mientras yo simplemente detallaba los ojos rojos y húmedos de mi papá, alcanzando a percibir muy en el fondo a ese niño que antes soñaba con ser astronauta. Sabía que no necesitaba nada más■

Fábulas de sabor a caña

Sofía Barrientos Arango | I.E Carlos Vieco Ortiz | Grado Undécimo
Tallerista: Sofía Ballesteros Díaz



Ilustración: Valeria Ávila

"Por estos lares, la roja alegría —vibrante y atosigante— se confunde con el carmín sangriento que las balas dejan al dispararse. ¿Sí me entiende, mija?".

Me hablaba Heber. Mejor dicho: mi padre. Cuando está sobrio, me cuenta un poco de su vida. Supone que no necesito cargar con los pesares que le queman el alma. Pero la lengua se le suelta y los recuerdos se le avivan cuando el aguardiente pasa sin remordimiento de la copa a la garganta, de la garganta al estómago y de allí casi directo al corazón.

Curioso era mirarlo en ese estado. Sus extremidades, torpes como gelatina, delataban la ebriedad que desde hacía unas horas pretendía negar. No me hacía falta que me dijera cómo se sentía. Bastaba con mirarlo a los ojos, donde se reflejaba el bombillo blanco que él mismo había instalado.

Al notar que yo demoraba en responder, siguió con su diatriba. El acento dolorosamente paisa y el guaro le dificultaban el habla, pero nada era tan confuso como las historias atemporales que me contaba: saltaba sin escala desde el presente hasta su juventud. Yo a veces no sabía si sus anécdotas eran de la semana pasada o de hace treinta años. En el fondo sonaba la música que nos prestó el Cono Sur. Entre susurro y susurro se oía la voz de Gardel. Ambos estrellados en Medellín: uno muerto y el otro moribundo del alma en la sala de mi casa.

"Este aguardiente lo producen manos campesinas como las mías, con caña de cultivos como el mío... ¿Usted sabía, mami, que yo tenía más o menos cincuenta hectáreas de caña de azúcar? Y uno todos los días salía con su rula a trabajar... Era un trabajo ni el hijueputa todos los días, usted no se alcanza a imaginar".

Una risotada interrumpió su relato. Intrigada, le pregunté qué tenía que ver su finca con lo que acababa de decir sobre la violencia en Medellín. Eso pareció callarlo por un momento. Desvié la mirada, temiendo haberle escarbado un recuerdo amargo, pero volví en mí cuando sentí su mano pesada sobre mi hombro.

"Porque las balas que disparan por acá los culicagados con delirios de malandros fueron las mismas que me sacaron de mi bello campo". Escuché el chasquido de su lengua y el sonido de otra copa que se servía para animarse a seguir. "Guerrilleros desgraciados que me pusieron a escoger entre mis tierras y la vida que me otorgó el Padre Santo. ¿Y uno qué hace en esa situación? Pues agarré los chécheres y salí pa' Medellín. Y uno de marica piensa que saliendo de las garras de la violencia rural le va a ir mejor, pero, ay, Señor bendito, la de acá nos salió peor".

Me reí por el drama que le puso a la voz y, para mi consuelo, él se rio también. Me ofreció un "guarito chiquito" como para ponerme en la misma tónica. Rechacé la oferta. Quería mantenerme lo más alerta posible para resguardar en mi memoria todo lo que me compartía de la suya. Quería ir armando, con esos pequeños cuentos, la persona que era mi padre antes de que yo naciera e ir conociendo al hombre que lentamente me construye a mí.

Le pregunté por qué decía eso. Aunque yo intuía la respuesta por la época en que pasó de las vastas tierras del campo al pavimento gris de la

ciudad, quería escuchar su versión. Quería saber cómo vivió la violencia que un señor de bigote chistoso desató sin piedad sobre las cabezas de los habitantes de la Capital de la Montaña.

"Párele bolas: yo llegué acá más o menos en el 87. En esos tiempos, el señor Pablo Emilio Escobar Gaviria...". Era curioso cómo mencionaba su nombre completo, como si omitir algún detalle le fuera a costar un castigo en la memoria. "... era la mano que controlaba cielo y tierra de los pobres diablos que con revólveres asaltaban a gente aún más pobre. ¿Y usted sabe, hija, por qué mandaba?". Respondí que no. Me hice la güevona, como él diría, sólo por la dicha de seguir escuchándolo hablar. "Porque la soberbia, mija... La soberbia y la avaricia matan la empatía que nos hace humanos".

La hora del cuento hizo una pausa cuando me dijo, medio perdido, que le había dado hambre y que fuéramos por una salchipapa. ¿Y quién era yo para negarme?

Le serví de apoyo mientras bajábamos por la calle. Nos sentamos a comer en unas mandingas. Ni siquiera tuve que recordarle que siguiera con su relato.

"Pero no podemos comparar la violencia de la ciudad con la del campo. Hija, eso en el monte era una cosa que ni para qué contarle. Imagínese que un día, por allá en Campamento, yo iba con un tío...".

Y empezó una nueva historia, seguramente la última antes de que se cansara de acordarse y nos mandara a la casa a dormir. Dudó entre pedir unas papas sencillas y las especiales, pero le propuse pedir unas "extra" para compartir. Aceptó sin dudarlo. Entre los dos sólo quedó el aroma pesado de las salsas y el frío que cala, el cual siempre ha caracterizado a nuestro pedazo de Colombia.

Lo observé manipular el tenedor plástico con la torpeza propia de quien lleva varias copas encima, buscando un pedazo de salchicha entre la salsa rosada. En sus manos, anchas y maltratadas por soles viejos y por el cemento de la ciudad, se le notaba todavía la huella del machete. Me quedé en silencio, escuchando el murmullo lejano de alguna motocicleta que pasaba por la carrera y el ladrido intermitente de los perros del barrio, pensando en la ironía de estar comiendo a medianoche con un hombre que había aprendido a esquivar la muerte a punta de monte y huida.

El guaro fue perdiendo la pelea contra el sueño y las historias de la guerrilla se le fueron quedando atrancadas en el buche, transformadas en resoplidos largos que olían a anís y a cansancio viejo. Se limpió la boca con una servilleta barata que parecía un pedacito de trapo entre sus dedos enormes y me miró con los ojos empañados, con esa luz trémula de quien acaba de volver de un viaje larguísimo hacia su propia sombra. Sonrió sin muchas ganas, como pidiéndole perdón al aire por haberse puesto a remover la tierra seca del pasado.

"Bueno, mija, vámonos antes de que nos coja la noche... o nos coja la mañana... O que nos cojan en general", dijo entre risitas, mientras trataba de ponerse de pie con cierta dignidad. Le ofrecí el brazo de nuevo y caminamos despacio de regreso a la casa, a paso de arriero cansado, tiritando un poco por la neblina que bajaba de las lomas. Medellín a esa hora es un misterio callado, un lugar donde el dolor y la vida caminan agarrados de la mano sin hacerse estorbo. Así, de la mano y en total sobriedad, me llevaba yo al señor que, a punta de historias, me había saciado esa sed mala de curiosidad.

Al llegar, lo acompañé hasta su cuarto y lo vi acomodarse en la cama con la misma ropa, soltando un resoplido profundo apenas la cabeza tocó la almohada. Me quedé un segundo en el marco de la puerta mirando su silueta en la penumbra. Entendí entonces que cada historia suya, por dura o borracha que sonara, no era más que su forma torpe de darme las gracias por estar ahí, y que escucharlo era mi manera de sostenerle la vida a un viejo que se me va desarmando poquito a poco en recuerdos■

★ Texto destacado ★

A través de un conmovedor diálogo íntimo entre un padre y su hija, el texto hace un fuerte llamado sobre el valor de escuchar para sostener la frágil historia de quienes nos anteceden.